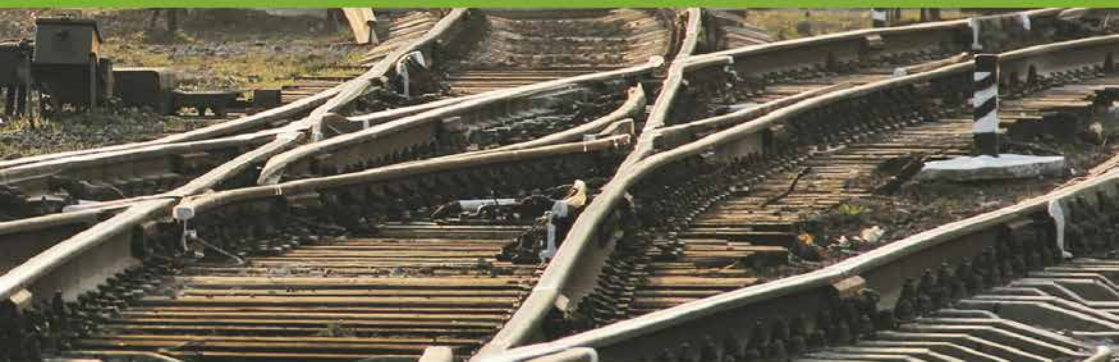


# El hilo de los días (2009-2013)

Eulàlia Lledó i Cunill



2013

*A l'Eugènia y l'Helena,  
la agònica luz al final del túnel.  
Y para l'Emili, germà, entre líneas e hilos.*

# ÍNDICE

Presentación	11
--------------	----

## Primera parte

Autorretrato	17
Cabezas y sal	18
Celrà-Barcelona	20
Peces	24
Lengua	25
Casandra y el oráculo	26
Política deportiva	30
Hijas y literatura	32
Dictadura del proletariado	34
Sin plaza	38
Un hombre es un hombre	40
La música de la tos	42
«Vivir» el androcentrismo	44
Piscinas	46
Exposición gargallística	47
Punta y tacón	49
Las artistas de París	53
Las mujeres y Bolaño	56
<i>Le retour d'Afrique</i> , o la africanista que nunca alcanzó la costa de África	58
La vida y nada más	60
Desnuda	61
Aguijón al rojo vivo	64
Bravos argumentos	66
Peñíscola	68
Una de lengua	71
Bartoli	72
Bajo mínimos	72

Nombres y apellido	74
El paput	78
El cambio	80
Diecisiete	81
Más allá	82
80	83
Antes de los 7	84
Hacerse vieja	87
Japón	89
Ídolas	91
Antinomismo	92
La política	99
Barreras	100
¿Realismo(s)?	101
Los mercados y las materias primas	102
Escudos humanos	103
El descrédito de la política	104
Te has ido dulcemente con una ola	106
Tres premios Nobel, tres	113
Tarde de domingo	115
Inicio de curso	116
Observatorio	117
Examen de conciencia	120
Carnicería	122
Pisar fuerte	123
El grito	124
Preguntar y responder	127
Más descrédito	128
Aprendiendo	129
Memoria y vejez. O el enigma del cable	131
Lubricán	133
Besamanos y acatamientos	134

# PRESENTACIÓN

Finalmente, no podemos dejar de constatar que la comunicación entre mujeres también se nutre esencialmente de la confrontación de relatos de vidas y no del choque de ideas. Con frecuencia, la sucesión de ejemplos sustituye a la demostración. Así, en el horizonte de Hannah Arendt, no escasean las referencias a las tradiciones en las que pensar es contar.

Françoise Collin. *Praxis de la diferencia*

En 2009 publiqué un libro titulado *La línea de flotación. Dietari intermitent* que reunía una serie de pequeños escritos inspirados en hechos que ocurren, en cosas que me llaman la atención; por ejemplo, algún espectáculo, noticias de prensa o radio, actos a los que acudo, también pequeños detalles, en mi opinión, fascinantes de lo que solemos llamar el comportamiento humano (y perdón por la solemnidad del sintagma), aspectos de la política, cuestiones de lengua, las cotidianas clases..., que desde hacía algunos años anotaba y, cuando tenía tiempo, elaboraba.

Como la vida no se ha detenido y el mundo se ha empeñado en continuar girando después de aquel 2009 y, claro está, las cosas que van pasando han continuado generando situaciones que me animan a fijarme en ellas, a narrarlas, a comentarlas, hete aquí que me dispongo a presentar otra tanda de escritos. No se puede decir, sin embargo, que sea una segunda parte de aquel libro. No es estrictamente una

continuación, a menos de que se considere que la vida está formada de segundas o terceras partes o continuaciones, a no ser que se piense que el transcurrir de los días es simple continuidad, una cadena que se va repitiendo. Incluso el aparentemente inmutable sol cambia su recorrido un poquito cada día (ya no digamos la luna), y así, si el mes de febrero a la hora de la puesta vas, por ejemplo, a Castelldefels, constatas que el sol se hunde en el mar en lugar de irse por la montaña. Pienso que cada día es único, que cada uno genera hechos que lo distinguen de los demás. Quizá por eso, y porque el paso del tiempo cambia perspectivas, intereses, pensamientos y sentimientos, en el libro que tiene en sus manos ha irrumpido con fuerza —sin que yo fuera muy consciente de ello— la vejez y dos aspectos que tienen que ver con ella: mi despedida del instituto y, simultáneamente, el adiós a mi trabajo como profesora de secundaria.

Los escritos se presentan en un orden más o menos cronológico. Hay, sin embargo, alguna excepción y, así, he situado en primer lugar un breve escrito titulado «Autorretrato» porque me parece una manera no muy mala tanto de presentarme como de inaugurar el libro. (La tarde que presentamos en sociedad *La línia de flotació*, lo leí para que el público que tuvo la bondad de asistir se pudiera hacer una idea de cómo era el libro a partir de una pequeña muestra que luego no encontraría repetida en el mismo.)

El nuevo volumen se divide en dos partes formalmente bien diferenciadas. En la primera, hay cincuenta y ocho escritos. En la segunda, constan, también por orden cronológico, los artículos que desde julio de 2012 publico en *El Huffington Post* aproximadamente cada quince días tanto en catalán como en castellano (en el momento de cerrar el libro

alcanzan ya los dieciséis).

La diferencia formal más importante es la longitud. En *El HuffPost* debes ceñirte a un número, aunque no es muy estricto, de palabras (parece que la gente que lo lee no está para tonterías). Esta aparente restricción, sin embargo, no coarta ninguna libertad, no incomoda en absoluto; al contrario, muchas veces ayuda a centrar el contenido. Como las criaturas: casi agradeces un límite siempre que sea razonable.

Cada uno de la mayor parte de los pequeños textos de la primera parte están escritos de una vez (esto no quiere decir que no hayan sido revisados). Algunos, sin embargo, pese a la brevedad, presentan variaciones o detalles en torno a una misma cuestión; a ello responde la fecha que va cerrando cada pequeño apartado. Algunas veces, entre paréntesis he añadido una breve nota de actualidad. Los de la segunda parte siempre están escritos, por definición, de un tirón, puesto que, una vez publicado el *post* (lo llaman así), ya no tiene mucho sentido volver sobre él. Aunque es evidente que comparten intereses, temas, preocupaciones, obsesiones y rincones, los artículos escritos porque sí, porque me lo pide el cuerpo, pueden ser más íntimos, suelen estar más cerca de mí. Con los de *El HuffPost*, mantengo una mayor distancia.

Otra fuente de placer y sorpresa ha sido, y es, traducirlos. Lo que a primera vista puede parecer una lata o, como mínimo, más trabajo (lo es, claro), es fuente de grandes satisfacciones y quiero creer que de alguna mejora; de algunos aspectos, seguro, dado que facilita enormemente la percepción de problemas de concordancia tanto de género como de número o problemas con las comas (de todos modos, revisar los artículos ha resultado ser un golpe muy doloroso también en estos casos). Es embriagador volver al texto original cuando

la traducción te pone de manifiesto que hay algo que no funciona, que chirría, y a su vez el cambio que provoca en el original te cuestiona la traducción que habías realizado, o la frase anterior o, incluso, ocasiona que te replantees el contenido (a veces, no sólo de algún detalle). Lo acabo de explicar brevemente, pero es un magnífico y vertiginoso tirabuzón; el único peligro que tiene es que se vuelva infinito, que quedes atrapada en él. Cuesta, pero de repente tienes que decir basta. Darte cuenta de que una expresión catalana aparentemente difícil de traducir como «tocaven el dos» tiene un paralelismo casi exacto en un genuino «ahuecaban el ala», caer en el caso de que un «esperar amb candelletes» puede reflejarse en un «esperar como agua de mayo», permitirte la libertad de girar la (quizás un poco cursi) frase «la vida a voltes t'enamora, a voltes t'enarbor», por «la vida, a veces te mece, a veces te estremece», además de ser la mar de divertido y no tener precio, quiero pensar que te enseña lengua. Te hace más tuya, la tuya; posibilita que conozcas un poco mejor la otra, lo que, en definitiva, es una manera de amarla.

Previsora que quiero ser y, además, sufridora de nacimiento, cuando empecé a colaborar con *El HuffPost*, sólo pensar que me podía quedar en blanco, sin saber qué escribir, me espeluznaba; eso me hizo acumular, si no artículos, por lo menos proyectos de escritos por si acaso... No fue hasta este momento que entendí unas palabras oídas a mi hija mayor, a Eugènia, muchos años antes, una tarde que fui a una conferencia que impartía sobre el arte de hacer guiones. Eugènia, que es periodista, trabajaba entonces en *La columna*, un programa de éxito que llenó muchas tardes de TV3. Lo pasaban cada día laborable, me parece recordar, y era bastante largo. De repente, dijo que los guiones no se podían tener



preparados con días de antelación (ni siquiera los programas), que la realidad y el día a día se imponían y era, por tanto, inútil intentar preverlos y prepararlos con antelación porque siempre ocurría algo que los mandaba al traste. Como tantas veces en la vida que he oído algo que no liga con mi talante, estuve en implícito desacuerdo. La agradable, estimulante y autoimpuesta obligación de escribir un artículo cada quince días, me han hecho caer en la cuenta de la verdad, la razón y el sentido de aquellas palabras.

\* \* \*

Estamos ante un libro que se ha ido cocinando a fuego lento y en la más estricta intimidad, casi en secreto, supongo que es una característica obligada de esta especie de literatura ensayística. Ha visto, en efecto, una vez más, los silencios de muchas noches de luna llena (o en cualquier otra fase), la calma de muchos fines de semana, ya sean soleados, ya sean grises y lluviosos; esto no es óbice para que haya escritos que se han escrito arañando minutos y huidizos momentos, aprovechando una pausa en un viaje, en medio de las clases, mezclados con escritos de otro tipo.

A pesar de lo que se acaba de decir, el libro está lleno de vida externa, de realidades diversas, de trocitos de mundo y de gente, que por algo soy una solitaria muy bien acompañada. Doy las gracias, por tanto, a todas las personas que han dado pie a algún escrito, que lo han compartido conmigo, a quien dedicaba alguno, que me han acompañado de una forma u otra en esta íntima ventura. Citaré una, Lola Ribelles, que ha tenido la paciencia de leerlo antes de tiempo.



# PRIMERA PARTE

## **Autorretrato**

Desde hace algún tiempo, reconforta mi cuerpo un anorac de un alegre y festivo color pistacho.

La cremallera que lo cierra y abre, con infinita paciencia me ha enseñado que, cuando se encalla, lo peor que puedo hacer es tirar con fuerza (ya sea hacia arriba o hacia abajo), pegarle con más o menos gracia y habilidad frenéticos tirones a ver si de este modo consigo desatascarla. Me ha costado mucho aprender que, cuando la quiero abrir o cerrar, lo que tengo que hacer es ir muy despacio y, cuando noto la más mínima resistencia parar inmediatamente, tirar muy, muy lentamente un poco atrás y volver muy, muy suavemente y si, vuelve a pasar, hacer lo mismo, y si, vuelve a ocurrir, un poco atrás y más y más suavidad.

Me costó menos aprender que la única manera sensata de recoger la semilla de un melón —de una sandía— cuando caía fuera del plato, era, con mucha, mucha suavidad, poner encima la yema del dedo índice (supongo que cualquier dedo serviría, pero yo acostumbro a realizarlo con el índice). Si haces la más mínima presión, estás perdida: indefectiblemente se va, a veces, muy lejos con espectacular salto incluido.

Cremalleras y semillas se han puesto de acuerdo, creo, en educarme, más que en adiestrarme en un aprendizaje

concreto.

Lástima que sea tan burra y torpe que no sepa aplicar tanta sabiduría a nada más.

14-15 de febrero de 2010

## **Cabezas y sal**

Sal en las aceras

Bajo el cielo azul, azul, azul y limpísimo de Madrid, en un día de frío riguroso (aunque el sol haga el engañoso efecto óptico de parecer calentar un poco), entre árboles altos y desnudos, vamos despacito hacia el Prado.

Este año, Rembrandt. Las historias de Rembrandt; la maestría de Rembrandt. La maravilla de la representación humana y mítica entre la multitud que pisa —los pies en la madera— la ampliación del Prado; los Jerónimos a la vera. Frío vivo al otro lado del cristal.

Luego, entre los rojos de Moneo, nos llegamos a otra temporal: la de esculturas llegadas del Albertinum de Dresde.

Piezas fastuosas.

Las cartelas, cuando una figura, una cabeza, presenta unos labios carnosos, y es de mujer, enseguida aprovecha para remarcar su sensualidad, el erotismo; cuando es de hombre, simula que no lo ha visto, que no lo ve, destaca otras virtudes quizás no tan físicas.

Me llaman la atención, dos esculturas. Una, de cuerpo

entero, es una musa pensativa; la otra, una preciosa cabeza también de musa no menos pensativa que arrastra en una insólita e inédita cola de caballo toda la fuerza y la vitalidad de la juventud.

Como el título indica, son dos mujeres simplemente en actitud de pensar.

Todas las posibilidades de la calma, de la inteligencia, de la madurez, de la reflexión, de la adultez, de la felicidad contenida, a la manera de algunas Ateneas que también piensan y que, al mismo tiempo, usan la lanza para reposar como si fuera una bastón, bien alejadas de la risa histérica, o de la mueca y el rictus de la sonrisa que tantas veces se exige a las mujeres, a las chicas. Que quizás ellas no quieren.

Una profunda serenidad o una profundidad serena, si se quiere (que no es exactamente lo mismo pero que también serviría para definir las) se desprende de su cara, de su gesto, de la honda mirada. Mujeres contentas con ellas mismas. En un rico y productivo ensimismamiento. Ricas y plenas. Libres.

27-28 de diciembre de 2008

## Celrà-Barcelona

El miércoles (es el día que libro del instituto) me fui a Celrà (un pueblecito de Girona) a dar un curso.

Fue bien.

Parece que durante cuatro horas fui capaz de hablar, quizá no con propiedad, pero sí con cierto orden y aseo; parece que fui capaz de ir hilvanando un discurso más o menos coherente sin perderme (incluso cuando hacía alguna, o algunas, digresión), de contestar con cierta agilidad, de poner ejemplos pertinentes, de atar cabos cuando era necesario.

La gente parecía contenta.

Fui muy temprano por la mañana. De hecho, cogí el tren y fui hasta Flaçà y, allí, me recogió una chica bastante joven que me llevó hasta Celrà y que luego también asistió al curso.

Le parecí muy mayor, quizás muy vieja. Me preguntó varias veces si quería que me llevara la carpeta y, diligente y atenta, me avisaba de todos los desniveles y escalones.

Ya he empezado a acostumbrarme.

\* \* \*

El verano de 2006, en Nueva York, en casi todos los museos que iba, cuando compraba la entrada, me preguntaban, «spontáneamente», si la quería *senior* —si es que no me la daban directamente ya de esta categoría—. (Si hubiera pasado sólo en un museo, máximo dos, se habría podido decir que tenían un grave problema de miopía; pero como fue algo sistemático, deberemos llegar a la conclusión de que sin duda

tengo un pinta extrema de *senior*.)

En realidad, siempre que voy en metro con una amiga mía que es diez años mayor que yo, a quien le ceden —a veces— el asiento es a mí, jamás a ella.

Más. Antes de ir a Nueva York, dos revisores de sendos trenes a los que había subido sin billete porque donde me había montado en el tren no había taquilla donde comprarlo, cuando me vendían el billete, me preguntaron si tenía tarjeta dorada para aplicarme el preceptivo descuento. Cuando les dije que no, percibí que no comprendían que fuera tan tonta (o vanidosa) que prefiriera pagar más para parecer, para hacerme pasar, vaya, por no tan vieja.

\* \* \*

No me extrañó, por tanto, el comportamiento de la joven de Celrà (en realidad, no era de este pueblo, pero eso es otra historia).

La joven tuvo la amabilidad de acompañarme a esperar el tren que tenía que llevarme a Barcelona. No porque no se fiara de mi capacidad de tomar el tren sola (creo), puesto que dijo que no se fiaba ni un pelo de la RENFE.

Lo comprendo, hace tres o cuatro años hice una serie de talleres en Lleida y me empeñé en ir de uno a otro en transporte público. Entendí perfectamente lo que tanto extraña a los partidos: la desafección por la política convencional, el sentimiento de abandono por parte de la ciudadanía. Y el uso aparentemente insensato y compulsivo del coche. En definitiva, que me acompañó porque, aunque tan joven, sabe ya como las gastan las administraciones en el fomento de los transportes públicos.

Ahora, lo que sí me pareció espectacular es que sentadas en el andén en el que esperábamos que llegara el tren que tenía que llevarme a Barcelona, cuando llegó uno procedente de Barcelona —estábamos en el andén opuesto, claro está— y yo le pregunté si se cruzaba con el que iba a Barcelona, ella me dijera muy educadamente que no, que no teníamos que cruzar, que no tenía que coger ese tren, que éste no iba a Barcelona, que iba hacia arriba, justamente en dirección contraria.

Es decir, que aunque durante las cuatro horas del curso tuvo muestras (así quiero pensarlo) de que mi actividad cerebral no era tan mala, mi pinta la llevó a pensar que era muy, muy mayor; además, debe pensar que la gente vieja en general no da pie con bola. La convención, el tópico, el estereotipo. En fin.

\* \* \*

Al día siguiente, jueves, tenía clase con un 4º de ESO.

Tratábamos de las siglas y las abreviaturas y una cosa fue llevando a otra.

Les dije que, sin que ello creara ningún precedente, podían sacar los móviles y leer algún mensaje que hubieran enviado o recibido, siempre que no fuera demasiado comprometedor.

Cuando les explicaba la relativa importancia y el distinto papel y número de vocales y consonantes, así como la necesidad de poner la última vocal de las palabras (especialmente cuando no eran monosílabas) en los sms, me empezaron a explicar cómo lo hacían y por qué lo hacían.

Me explicaban muy cuidadosamente, es decir, mirándome atentamente, hablando muy despacio y con todo lujo de



detalles (mucho meses más tarde, añadido: como si fueran Jesús Hermida entrevistando al rey, pero sin el servilismo ni los cabeceos acatadores y serviles que casi le lesionan las cervicales), con una especie de apasionada y gentil condescendencia. Vocalizaban con parsimonia, es decir, intuían y esperaban dificultades de comprensión por mi parte.

Enternecedor.

También me contaron que cuando madres y padres les envían sms suelen escribirlos con todas las letras, incluso — se admiraban o se horrorizaban— se empeñan en usar acentos y signos de puntuación. Me dio toda la sensación de que pensaban que este modo de escribir no era una elección por parte de sus ancestras y ancestros respectivos, sino pura incapacidad para hacerlo como acostumbran a hacerlo ellas y ellos en el fulgor explosivo de la adolescencia.

17-18 de enero de 2009

## Peces

Si pides o preguntas a un grupo de criaturas o adolescentes sobre alguna prestación de tu móvil, ya puedes ir preparándote a ser temporalmente despojada de él y a ser completamente ignorada.

Por mucha educación que tengan, por muy pacífico que parezca el grupo, se lanzan con furia sobre el aparato, te lo arrebatan sin ningún miramiento y empiezan a manipularlo de una manera tan compulsiva y salvaje que pone literalmente los pelos de punta. Mientras se comportan de este modo, no hacen ningún caso tampoco, claro está, a tus posibles indicaciones, peticiones o súplicas.

Gruñendo, se lo arrancan de las manos como si les fuera la vida en ello. Bien mirado, es un magnífico espectáculo.

Es lo más parecido que hay a desmigajar un mendrugo de pan en una plácida y tranquila balsa de peces, en un laguito: al instante todos aquellos peces y pececitos que una hubiera dicho que eran pacifistas, casi abúlicos, emprenden una lucha sin cuartel a por la más ínfima y minúscula migajita de pan. Se abalanzan con tal ímpetu que algunos parece incluso que estén fuera del agua.

20 de enero de 2009

# Lengua

Esta mañana con un 4º de ESO repasábamos acentos.

«Història’ va con acento abierto en la a», «palau’ no lleva»; «fenòmens’, yo lo he puesto con acento cerrado en la o», dijo de un tirón un chico.

Hacía un ratito, poco, una chica que había clasificado sin vacilar: «éste es verbo transitivo; éste es un verbo intransitivo...», dudando ante uno de régimen verbal especialmente opaco, dijo: «yo he puesto que era de régimen verbal». La misma expresión, el mismo cambio sutil, la misma forma de decir, y por el mismo motivo: por la relativa rareza de los casos concernidos, por la sombra de la duda.

Y luego decimos que no saben lengua, que no saben hablar.

20 de enero de 2009

## Cassandra y el oráculo

A finales de octubre de 2007, Meredith Whitney, analista de Oppenheimer & Co., en un contundente informe describió la tremenda situación que sufrían las entidades bancarias norteamericanas, se explayó especialmente en la crisis del Citigroup. Hasta entonces la opinión general era que la incipiente crisis era sólo un problema coyuntural de simple falta de liquidez centrada en los EE.UU. No fue la única ni la primera en advertirlo; ni seguramente la última.

Diez años antes, en 1997, la Comisión de Negociación de Futuros de Materias Primas, la agencia que regula algunas de las operaciones de bolsa, comenzó a estudiar la regulación de los derivados. Por ejemplo, cuando un banco vende una hipoteca (o un trozo) a otro banco y así aumenta la pirámide de crédito y, por tanto, el riesgo financiero. Presidía este organismo regulador del mercado de opciones una abogada que se llama Brooksley E. Born que, en aquel momento, estaba realmente preocupada por el hecho de que transacciones opacas y sin control con derivados pudieran poner en peligro los mercados regulados o, incluso, la misma economía, tal como manifestó en una vista ante el Congreso. Por ello, postuló que las operaciones de bolsa fueran transparentes y que se creara un fondo de reserva para protegerse de las pérdidas.

Greenspan y Robert E. Rubin, entonces secretario del Tesoro, se opusieron frontalmente e hicieron correr el bulo de que el mero hecho de abrir un debate sobre una nueva normativa amenazaba ya el mercado de derivados y sería muy perjudicial para Wall Street. A principios de 1998, el segundo

de Rubin, Lawrence H. Summers, llamó a capítulo a la abogada y la regañó porque, según él, lo que ella decía podría desatar una crisis financiera. Tras lo que ocurrió luego, la intervención de Summers no podía ser más sarcástica y tópica: giró la carga de la prueba.

Cuesta creer, además, que en un mundo globalizado y repleto de economías interconectadas se haya podido decir y volver a decir que esta crisis no se podía prever, cuando, un poco antes, incluso una autora de novela negra, Natsu Kirino, es decir, una escritora en principio alejada de la economía, ya lo percibió y lo describió en un libro publicado en Japón en 1997.

El incidente de la bofetada coincidió con la época de la burbuja económica. Para los bancos y las entidades de crédito había sido un período frenético de negocio, en el que habían prestado dinero sin ni siquiera solicitar un aval. Durante esos años, se habían concedido préstamos a clientes dudosos y, al estallar la burbuja, una gran cantidad de créditos quedó sin devolver. El precio del suelo cayó en picado, así como el de las acciones, y aumentaron las subastas de terrenos recuperados. Con todo, los precios que se alcanzaban en las subastas nunca igualaban el precio real, de modo que las pérdidas crecían de forma imparable.<sup>1</sup>

Por cierto, Summers es el mismo Larry Summers, presidente de la Universidad de Harvard que tuvo que dimitir porque atribuyó la menor dedicación a la ciencia del sexo femenino a tres, digamos, razones en este estricto orden: *a)* las mujeres no están tan interesadas como los hombres a hacer los sacrificios que requieren estas tareas, *b)* los hombres quizás tienen más «aptitud intrínseca» para la ciencia de alto nivel, *c)*

---

1 . Natsuo Kirino. [1997] *Out*. Trad. Albert Nolla Cabellos. Barcelona: Círculo de Lectores, SA (Sociedad Unipersonal), Ucenia editorial, 2007 / Editorial Planeta, SA, 2009 / Emecé Editores, España, 2009.

las mujeres quizás pueden ser víctimas de una discriminación pasada de moda.

Brooksley Born fue atacada con las armas con las que sólo se ataca a una mujer por muy profesional que haya demostrado ser. Greenspan dijo de ella que no sabía qué se hacía y que su actitud provocaría una crisis financiera. Parece que Born no jugaba al tenis con gente como él ni acostumbraba a comer. No la consideraban de Wall Street, no era «una de las suyas».

En 1999, la revista *Times* dedicó una portada a los tres personajes mencionados, Greenspan, Rubin y Summers, los presentaba como el trío que podía salvar a la economía mundial.

El 21 de abril de 1998, las autoridades financieras federales se reunieron con el Tesoro para debatir la propuesta de Born. Rubin y Greenspan le pidieron que cediera, cosa que ella no hizo. El 5 de junio de 1998, Greenspan, Rubin y Levitt, que era quien entonces dirigía la Comisión de Mercados e Inversiones de EE.UU., pidieron al Congreso que impidiera que Born actuara. La mucha razón que tenía Born se mostró con toda crudeza en el otoño de 1998 cuando el fondo de cobertura Long Term Capital Management rozó la quiebra arrastrado por apuestas osadas en derivados. Lo salvó un fondo común de unos 2,7 millones de euros que una docena de bancos creó para rescatarlo privadamente y evitar que pusiera en peligro más empresas.

Paradójica e incomprensiblemente, la reacción del Congreso fue congelar la autoridad reguladora de la Comisión de Negociación de Futuros de Materias Primas que presidía justamente quien alertaba del peligro de que esto ocurriera: Brooksley Born.

Interrogado a finales de los noventa sobre qué pasaría

si el Congreso recortaba atribuciones a la Comisión, Greenspan, llamado también el oráculo por los supuestos aciertos de su política, dijo que se podía confiar en Wall Street y en la autorregulación; el pseudónimo, alias o mote no deja de ser sarcástico.

La Cámara de Representantes aprobó la ley que dejó a los derivados al margen de la supervisión de la Comisión, el Senado a su vez también la aprobó y el entonces presidente Clinton la ratificó. La Comisión tenía la capacidad de regulación y de control desde el año 1932, justamente a raíz del crash, tras la Depresión de 1929. La tenía para actuar y evitar situaciones como las de la actual crisis. Born se retiró.

No sabemos qué habría pasado y cómo estaría ahora la economía si se hubiera hecho caso a Brooksley Born y a otras voces como la suya.

Lo que sí sabemos es que Rubin es actualmente un importante ejecutivo del Citigroup, o que, por ejemplo, Larry Summers es un alto asesor —uno de los más importantes— en cuestiones económicas del gabinete de Obama.

Marzo-junio de 2009

## Política deportiva

Como creen firmemente que la política y el deporte deben separarse nítidamente, ni Rodríguez Zapatero, ni Montilla, ni Hereu, ni el rey, ni *tutti quanti* acudieron en masa a ver la final de la Copa de Europa en Roma. Parece que el único que cree en esta separación es Berlusconi y para demostrarlo se pasó la noche dando capotadas plácidamente; el político y actor demostró que tiene un sueño a prueba de estruendos y goles, también que duerme menos de lo que necesita.

Como la política y el deporte deben seguir caminos rigurosamente independientes, la gente que fue a ver el partido, las respectivas aficiones, no llevaban más bandera que las de sus clubes, y sólo se desgañitó gritando el nombre de sus clubes.

Como la política y el deporte se tienen especial relucancia, el verano pasado no tuvimos que aprender a convivir en un espanto continuo con la épica casposa y cutre de «la roja». Meses más tarde, en plena campaña de las elecciones, hay actos políticos —digamos— que hacen sonrojar a base de estentóreos «¡a por ellos!». Qué miedo.

Como la política y el deporte tienen plena autonomía, la clase política no abrió la boca cuando en la final de la Copa del Rey entre el Barça y el Atlético de Bilbao sonó una pitada monumental y extremadamente nítida y perceptible —a pesar de algunos canales de televisión— cuando se intentó hacer oír el himno de España.

No deja de ser curioso: las dos aficiones tuvieron un comportamiento ejemplar. No hubo ningún incidente, ni



siquiera se insultaron un poco; se ve que pasaron el día en amor y compañía paseando por Valencia. Cuando un minoritario aficionado tiró a la cabeza de uno de los jugadores una lata de cerveza, su misma afición le abroncó y le señaló que se lo pudieran llevar. (Tres años más tarde volvieron, no solamente a compartir final amistosamente, sino también republicanos cánticos: el del elefante balanceándose en una tela de araña, por ejemplo.)

Incluso desde el punto de vista coeducativo, el partido fue generoso y provechoso. No siempre se pueden ver y retransmitir hombres tan altiricones —acostumbrados a arrastrar troncos, a despegar y levantar piedras del suelo— llorar como magdalenas porque simplemente están tristes, muy tristes. ¿Lo visteis, niños?: los hombres también lloran. Es una manera en absoluto violenta ni agresiva ni insultante de desahogarse y de consolarse; y no pasa nada.

Tampoco pasa nada cuando se pita a un himno. Pasa, simplemente, que al público no le gusta el himno, tal vez le hace pensar en algo espeluznante, quizá le da miedo. Quizá por eso prefieren mostrarse como aficiones tan ejemplares que no tienen ningún problema en pasear la bandera del otro país, unirla a la suya, a tocarse con una gorra ajena.

De todo esto no se habló mucho. Como la política y el deporte son como el aceite y el agua, días después en según qué medios sólo reverberaban y resonaban sonoros silbidos.

Mayo-junio de 2009

## Hijas y literatura<sup>2</sup>

Mi hija mayor escribe. La pequeña, creo que también.

De los cuentos que escribe mi hija mayor, hace ya años, vi unos cuantos. Escribe bien, muy bien. Me interesa mucho, además, lo que escribe. Hace bastantes años, ahora me parece que era en otra vida (muy feliz, aunque entonces no lo sabía), me dejó unos cuantos para que los leyera y hablamos sobre ellos. Tenía algunos preciosos, me caía literalmente la baba. Tiene una capacidad fabuladora que yo nunca tendré; un talento para el traslado, para la traslación, que yo tampoco tengo.

Hace poco ha publicado un cuento para criaturas.

Sedienta, hambrienta, arrebatada, me lo he leído.

Como si la oyera hablar en su bello catalán. Por ejemplo, en la página 27 cuando por fin se pone a llover: «Las plantas levantan la cabeza hacia el ruido del agua».

La protagonista del cuento se llama *Clementina*, quizás en sutil homenaje a la hija de una amiga suya que murió, de una manera tan injusta como cruel, cuando era muy pequeña.

La Clementina del cuento quiere unas botas marineras amarillas, afelpadas, de suela blanca, que además tienen un borde azul marino, en el lado de arriba, claro. Su tío, es decir, mi hermano (en paz descanse), en una ocasión, hace años, muchos años, nos regaló sendos pares de botas a cada una, a ellas dos y a mí, idénticas, exactas. Sólo que el borde era blanco y no azul, y tenía una cinta para ajustarlas.

Cuando en la página 7 las describe, dice (como si la

---

2 . Eugènia Curto Lledó. *La Clementina vol unes botes*. Barcelona: Cadí, 2009.

oyera) que las botas a Clementina «de tenían el corazón robado».

¿Cuántas veces le habré oído decir esta expresión?

Hace unos cuantos años en Menorca, por ejemplo.

Después de que yo le comprara, no unas botas, sino unas abarcas de las más clásicas en Alaior, el alto y blanco pueblo donde todavía hace más años, muchos más años, habíamos tenido casa, y por eso quise ir a la tienda de siempre: la de la carretera. Al día siguiente, en Maó, que era donde parábamos, paseando por el centro, vio otras abarcas que le encantaron, colmaban lo que para ella tenían que ser unas abarcas, y le hicieron exclamar: «me tienen el corazón robado».

La de veces que he pensado en ello. Que le he dado vueltas. La de veces que me he arrepentido de no habérselas regalado también. Me mesaría el pelo.

Qué difícil es hacer crítica literaria según cómo.

26 de septiembre de 2009

## Dictadura del proletariado

Tengo albañiles en casa.

Esto quiere decir que, a pesar de que su intervención es puntual (el recibidor y el pasillo), a estas alturas ya han ocupado la casa entera. Toda. No me refiero al polvo y a la suciedad, a los escombros y el caos, no. Al olor que desprende todo, no. Estoy pensando en el nivel y en el martillo que me he encontrado en un rincón de un lavabo donde no tenían nada, pero nada, que hacer; en el destornillador que había en el suelo de mi habitación; en los clavos estratégicamente repartidos por doquier; en las deportivas que se dejan en cualquier rincón; en los tarros (o lo que es mucho peor: tapas de tarros) con las que tropiezas sin cesar; en los papeles y cartones —en diferentes estados de humedad y asquerosidad— que hay por todos los sitios; en el saco enorme que hay justo en medio de la cocina; en los trapos ecuanímente repartidos por toda la casa.

Trapos, por cierto, que les he proporcionado yo cuando han insistido, dado que la reluctancia que muestran a llevar cualquier utensilio o herramienta que contribuya a la limpieza, al aseo doméstico, a hacer más llevadera la vida diaria es extrema y notable, tanto, que casi llama la atención. Y así, no paran de mendigarme una escoba, la mopa, un estropajo o un cubo. E incluso el cubo lo devuelven (cuando devuelven algo) en un estado irreconocible, transformado en pocos minutos en un pequeño depósito de cemento o de yeso, lleno de regueros indefinibles y siempre deprimentes.

Cuando me piden todo ello —normalmente a la hora de plegar (por utilizar una palabra suya) y con todo tipo de

aspaviento y de extremidad destinadas a mostrar la enorme prisa que tienen—, en los ojos tienen un puntito de intriga y de interrogación. Supongo que se preguntan si tendré la caradura de hacerles recoger y limpiar —es un decir— a ellos.

Y sí, la tengo.

\* \* \*

(Me siento como cuando las mujeres de este rincón del mundo conseguimos la patria potestad compartida —sí, en efecto, antes no teníamos ningún derecho sobre nuestra descendencia; lo dejo aquí—, pues bien, cuando fuimos a hacer el pasaporte a las niñas —en la plaza España, ¿se acuerdan?—, resultó que la patria potestad era ya, por fin, compartida. Como en ese momento las niñas eran menores de edad, a la hora de firmar, la funcionaria sin parpadear pidió al padre de las criaturas que firmara la autorización. Dije que ya la firmaría yo. Me miró (la funcionaria) como si fuera una asesina en serie; en la cola, hubo gente a quien dio mucha pena el pobre padre de las criaturas.

Si ejerces tu derecho, mal; y si no la ejercitas, mal: demuestras que no era necesario. Ay.)

\* \* \*

Pues bien, parece que los albañiles —por otro lado gente muy razonable y sensata a tenor de las múltiples conversaciones sobre diversos temas y cuestiones tanto de orden general como de la obra concreta que están realizando en casa, que mantenemos cada día— consideran que llevar cualquier utensilio o recipiente que tenga que ver con la

limpieza casera o el hecho de rebajarse a hacerla, mancha indeleblemente su digna profesión o su inmaculada identidad (quién sabe) y se escaquean como pueden.

En cuanto a las herramientas de la limpieza, llega hasta el punto de que no tienen ningún escrúpulo en robar —espero que temporalmente—, cuando les parece bien o necesario, los utensilios de la trabajadora que viene a lavar la escalera de la casa; y eso que es una trabajadora como ellos; de lo que deduzco que la lucha de clases no debe tener nada que ver con ello.

No sé si cuando van a hacer un parche o chapuza a un taller o una oficina esperan también que la gente del taller o de la oficina recojan la basura que ellos van generando. (En mi experiencia, los peores son los fontaneros.)

\* \* \*

Como tengo albañiles en casa, quiere decir que los horarios se han vuelto completamente elásticos. Después de mucho suplicar para que me digan aproximadamente cuándo vendrán, me dicen que al día siguiente vendrán a las ocho, ocho y media y «me vienen» —que hubieran dicho también sin inmutarse lo más mínimo mi madre o mi padre—, a las diez pasadas.

Además, tengo la certeza (y también la experiencia) de que —hagan el horario que hagan— su estancia aquí duplicará (como mínimo) la que *ellos*, sin ningún tipo de coacción ni presión, previeron.

\* \* \*

Hasta aquí todo *peccata minuta*.

Porque lo que realmente no soporto son las trolas que, frescos como rosas, sueltan sin parar ni ruborizarse.

No me refiero a que digan que comenzarán un lunes y hasta el martes no aparezcan; tampoco a que digan que llegarán a las nueve y lleguen casi a la hora que ya les toca ir a desayunar; sino que me refiero a que un buen día a las diez de la mañana dicen que se tienen que ir al médico y que enseguida vuelven, pero da toda la sensación de que ese día ya no les verás más el pelo porque deben ir corriendo a casa de otra señora a quien han dicho que irían a las ocho sin falta.

Me refiero a que, cuando tras arduas negociaciones y sin imponer tú ninguna fecha, quedan que vendrán a pintar tal día y en dos días lo tendrán listo, y cuando la tarde del primer día se marchan a su casa, te dicen que el día siguiente no podrán venir hasta la tarde.

No es que me trastorne mucho que tengan que venir un día más, pero, ¿por qué no lo decían de entrada? ¿Por qué parten de la base que sólo es posible convenir fechas y horarios mintiendo, que, si no, no conseguirán trabajo? ¿De dónde vienen las dudas sobre la capacidad de comprensión de la clientela? ¿De dónde, la práctica de la mentira sistemática?

¿Por qué la clase arquitectónica sólo sabe transaccionar con trolas y más trolas?

12 de octubre de 2009

## Sin plaza

Hace mucho tiempo estaba en un instituto que tenía nocturno.

La ampliación de la enseñanza obligatoria, la mezquindad del Departament en cuanto a las plantillas (no han bajado nunca la *ratio* profesorado-alumnado a pesar de que muchas veces se habían llenado la boca pregonándolo), la poca vista que tienen para analizar la demografía, sumadas a la desidia general de la antes mencionada autoridad educativa, la manga ancha y la vista gorda con la concertada, hicieron que se cerraran muchas de las líneas del instituto donde yo estaba; y de otros.

Como había sido la última de llegar al seminario, me desplazaron. Es decir, aquella plaza que me dijeron con tanta pompa que había «ganado» y que afirmaron que tendría de por vida hasta que la muerte nos separara, o me jubilara, o voluntariamente me trasladara a otro lugar y, por tanto, «ganara» otra, se volatilizó (no cuestiono hoy la bondad o maldad de las reglas del juego, explico simplemente un hecho que las contradijo y las pone en cuestión).

Como constaba en un papel que me enviaron, pasé a ser «definitivamente provisional»; cuesta creer (y de entender, incluso para la gente de letras más ducha), pero decía esto.

El azar me hizo ir a un instituto donde estaba la mar de bien. Me gustaba mucho.

A pesar de ello, había colegas que, cuando se acercaba la época, amables, me preguntaban que por qué no concursaba (es decir, por qué no concursaba para obtener otra plaza, como si me trasladara, vaya). Yo decía que no, gracias, que estaba muy



bien donde estaba y que, si concursaba, seguramente me enviarían a otro lugar.

Sí, me decían, pero tendrás plaza fija. Cuesta creer, pero me decían eso.

Yo cada vez explicaba que no era verdad que hubiera plazas fijas, que ya no había. Que desde el momento que me habían podido desplazar, quería decir que nadie tenía plaza fija; que llegado el momento te podían desplazar.

Pienso que el argumento era incontestable: no se trataba de materia opinable sino de un hecho contrastado (y no aislado ni único).

Cuando lo explicaba, notaba que la mirada de la gente se hacía como transparente (u opaca), las orejas les silbaban. Hasta el punto que me extrañaba (y me molestaba un poco) que no se pudiera entender algo tan simple, dado, además, que se trataba de gente que cada día demostraba su inteligencia, su capacidad de percepción de la realidad y gran agudeza en el análisis de cualquier situación. No me podía creer que, por el simple hecho de que me hubiera pasado a mí y no a quienes hablaban conmigo, no lo entendieran.

Pues sí. No por egoísmo, no, claro está, sino por incapacidad de aprender de la experiencia ajena.

Quizás la condena más grande que pesa sobre la humanidad.

Seguramente agravada porque preferimos pensar (y percibir) que el mundo es más seguro y mejor de lo que es. Por ejemplo, que en el mundo de la Pública, la gente que había ganado una plaza, la había ganado para siempre (a pesar de la evidencia en contra). Porque, en definitiva, vivían y se sentían mejor creyendo así.

Un mal día, el Departament, omnipresente, me obligó,

quieras que no, a concursar y tengo otra vez —así se lo debe parecer quizás al Departament y a bastantes colegas— plaza fija (transitoria).

13 de octubre de 2009

## Un hombre es un hombre

En noviembre: música. En Barcelona se celebra el festival In-edit de documentales sobre música. Voy a todas las que puedo, que son, por suerte, muchas.

Cómo han cambiado las cosas. Muchas, para bien.

Por ejemplo, en un documental sobre las canciones que acompañaron la lucha antisegregacionista, *Soundtrack for a Revolution* (EE.UU., 2009) de Bill Guttentag y Dans Sturman, las personas a las que entrevistan para recordar las campañas y eventos más relevante son eso: personas, de todo tipo, es decir, mujeres y hombres. Se podría decir que, en consonancia con lo que las filmaciones de la época y con los recuerdos de la gente, muestran qué pasó, dado que en los fragmentos de películas que repasa el documental, aparecen tanto hombres como mujeres (y población blanca). Esto suele ser siempre así, pero en pocas ocasiones hasta ahora quien escoge lo que se va a ver, lo que es importante o no, lo respeta y lo recoge. Cuántos documentales hemos visto en que sólo se preguntaba a los hombres, en que sólo interesaba su visión y versión.

Un documental vibrante en el que se ve como las canciones de iglesia (incluso había gente que las usó y que, en principio, las despreciaba) se reciclan potentemente para una causa justísima. Una larga lucha por la libertad, por cierto, pacífica.

Lo mismo ocurre en el documental de Barbara Kopple, *Woodstock: Now & Then* (EE.UU., 2009), sobre la organización y el transcurso del mítico festival. Participaron en él y lo organizaron tanto mujeres como hombres, y, en consonancia, lo explican hombres y mujeres.

Un detalle que indica que no todo va tan bien, de todos modos, es la constatación de que las chicas y mujeres que, en el transcurso del festival de música, se desnudaron y, felices, se bañaron en el lago no eran ni anoréxicas, ni esqueléticas, ni siquiera especialmente delgadas. Todas tenían curvas y formas. Ay, la moda y la imposición —no exenta de violencia— de los patrones estéticos actuales.

\* \* \*

Ahora bien, hay un detalle de *Soundtrack for a Revolution* que me está dando mucho que pensar. Algunas de las protestas consistieron en que los negros circularan —esa manera tan peculiar de manifestarse que tienen en EE.UU.— con una pancarta individual que decía: *I am a Man*. En correspondencia, creo, con la consigna: *Un hombre, un voto*.

En contra de lo que muchas veces se explica, en este tipo de manifestación, participaban muchas mujeres. Evidentemente, no llevaban la pancarta con la reivindicación: *I am a Man*; habría sido poco comprensible y bastante incongruente, no pertinente.

Esto pone de manifiesto, tanto la enorme insuficiencia de la palabra hombre para incluir una mujer, como el hecho de

que realmente fuera relevante que las negras tuvieran voto.

Tampoco, claro, llevaban la aparentemente pancarta paralela: *I am a Woman*. Se habría entendido, posiblemente, como una reivindicación específica de su sexo, no como una reivindicación universal.

Llevaban simplemente otras pancartas a las que el documental no prestaba atención, no se apreciaba qué decían.

Como la cuestión del voto ha sido de todo, menos universal, el documental me hizo pensar en las categorías.

9 de noviembre de 2009

## La música de la tos

Lunes, Palau (vigila la cartera) con Lola. Estamos en la zona arquitectónica.

Actúa la pianista Mitsuko Uchida. Toda la energía, la fuerza, la armonía de un cuerpo, en la yema de los dedos. Toca igual que saluda. Un buen concierto.

Se horroriza cuando ve que, ya antes de empezar, comienza el recital de tos. Sensible, se cruza de brazos cuando, a punto de iniciar el concierto, tose un móvil.

Durante la audición, el vía crucis de las toses es un rosario interminable que enerva y desespera a bastante gente, incluida la pianista.

Gente de platea a quien dejan entrar en el minúsculo

intervalo entre pieza y pieza (¿por qué lo consienten?). Un señor, para más inri, se toma el tiempo que le parece conveniente y oportuno antes de sentarse. Una señora que se va a media obra y —lo más insólito— que vuelve a entrar mediada la pieza siguiente.

Cuando termina, amable y contenidamente entusiasta, la pianista hace dos bisés, mientras, un tanto por ciento de público, pequeño pero considerable, corre de prisa hacia las respectivas puertas, no se detiene ni cuando suena la música. ¿Dónde deben ir? ¿Qué les debía pasar?

Se detecta un abandono de las formas, de las maneras, un progresivo embrutecimiento de público tan selecto, de lo que algunos periódicos denominan la sociedad civil. Se percibe a simple vista como se va extendiendo el desánimo y la desmoralización. ¿Tendrá algo que ver el caso Millet?

(Aclaro que tengo constancia de que público menos selecto que el de la otra noche en el Palau es perfectamente capaz de mantenerse en silencio —y sin toser excesivamente y a demanda, como pasaba la otra noche: en efecto, a tenor de lo pasaba, parece que en el Palau o en otras salas de conciertos, la tos del respetable sea voluntaria.)

\* \* \*

Lunes, Liceo. Se representa *Król Roger* de Karol Szymanowski, la voy a oír con Bea. Incluso a verla (la ópera), cosa extraña en el Liceu. De todos modos, aunque las entradas nos han costado unos cuantos euritos, visión total, total, no la tenemos. No (especialmente porque tenían la manía de cantar muchos ratos desde el ángulo izquierdo y nosotras también estábamos un poco escoradas).

Pensar que no se supo, pudo, quiso, aprovechar la mala suerte de que se quemara el Liceo para hacer una sala de conciertos moderna, eficaz y con visión desde todas las butacas; pensar que se repitió torpemente y con plástiqui de lo más llamativo y cutre lo que seguramente en la época que lo hicieron, aunque rancio, era lo máximo que sabían hacer...

No se supo sacar ninguna ganancia de una pérdida. Se lanzó miserablemente la oportunidad a la basura.

En el indigno e infecto papelillo u octavilla que dan en el Liceo para informar de la ópera, no consta ni siquiera el año en que fue compuesta.

País.

12 de noviembre de 2009

## **«Vivir» el androcentrismo**

Este verano tuve una experiencia insólita; única.

Estaba en Cádiz pasando unos días fabulosos de paseos por la playa, de sol, de arena, de buen pescado de la bahía, del aire atlántico saturado de sal y de la gracia de Cádiz.

Una tarde, prontito, íbamos por el paseo marítimo; de repente, una señora muy, muy mayor que iba acompañada de una cuidadora latinoamericana cayó lentamente y sin peligro al suelo.

La gente que estábamos cerca —éramos todas mujeres—,

acudimos enseguida por si podíamos echar una mano. Mientras ayudábamos a levantarla (de hecho, lo hizo casi sola, muy rápidamente y con arte la mujer que la cuidaba; acostumbran a saber mucho), la señora que había caído se gira hacia mí y de una manera totalmente exagerada, sin venir a cuento y, un punto arrebatada, exclama:

—Gracias caballero, muchas gracias.

Yo, atónita. No porque me confundiera con un hombre; de vez en cuando me ocurre; no sé: los andares, o la pinta, o la manera de ir vestida, o el bigote y otras manifestaciones pilosas (de vez en cuando les gano una escaramuza parcial, pero nunca jamás una batalla y no digamos ya la guerra...). Perpleja, no por la confusión, no, si no porque, francamente, apenas había hecho nada. Cualquiera de las que estaban allí había hecho más que yo. Y ella, dale que dale:

—Gracias caballero, no sé qué hubiéramos hecho sin usted... Muchísimas gracias.

Sorprendente y aleccionador. Todo el reconocimiento (y el agradecimiento) al hombre; indiferentemente y al margen de lo que hubiera hecho. Por eso, simplemente por ser un hombre. Incluso es posible que la anciana pensara, «viera», en su ceguera que realmente la había levantado yo.

¿Qué debe pasar cuando eres un macho en cualquiera de sus variantes (hombre, adolescente o niño) y te pasa sistemáticamente esto? Recordé de pronto una escena que había presenciado muchos años antes un día por la calle: una madre, tía, etc., le decía, arrobada, a un menudo pulgarcito: «si viene el caco, ¿me protegerás, verdad?». No me imagino la misma escena protagonizada por una madre, tía, etc. y una

niña; todavía menos, por un padre, tía, etc. y una niña.

¿Qué debe pasar cuando se te considera sistemáticamente la hostia y el rey del mambo no por lo que haces o podrías hacer sino porque eres hombre?

¿Cómo te debe ir conformando esta percepción y esta (sobre)valoración?, ¿qué efectos debe tener sobre tu mentalidad?

Fue toda una experiencia.

15 de diciembre de 2009

## **Piscinas**

Tras varios días sin ir, hoy he ido al club a nadar un rato.

Una vez más, uno de los ancianos que nadan al sol de media mañana, cuando ha terminado, en bañador (aunque ya no estamos en verano), se ha sentado al lado de la joven socorrista a quien hoy tocaba guardia intentando acaparar toda su atención.

Mientras lo observaba casi me descuento.

Es una acción que no por frecuente deja de llamarme la atención: muchos de los atléticos viejos, cuando acaban de nadar, lo practican si la que hay de vigilancia es una mujer.

Es un espectáculo la mar de curioso verlos desplegar todas las armas de la seducción y la simpatía, quizá algunos en



su casa son de natural callado, pero allí son los hombres más dicharacheros y comunicativos del mundo, quizá no son muy risueños en la intimidad, pero durante el tiempo de la visita a la socorrista no se les cae la sonrisa de la boca, mientras se lanzan sobre ella y gesticulan con aparato. No sé qué les deben explicar.

Hace ya tiempo que nado en la piscina. De momento, no he visto a ninguna vieja, en realidad a ninguna mujer, que se comporte de este modo, que se crea en el derecho de que un joven socorrista la tiene que escuchar, debe hacerle caso, prestarle atención, más allá del desempeño de sus funciones.

14 de octubre de 2010

## Exposición gargallística

A finales de enero del 2006 voy a la Pedrera a ver la exposición de Gargallo. De aquella visita salieron algunas líneas».<sup>3</sup>

En noviembre de 2009 vuelvo a la Pedrera, ahora, a ver la exposición de Maillol.

Como siempre, paseo, miro, pasmo.

Las mujeres, los fragmentos de mujer, la desnudez de las mujeres de Maillol son todo un retorno al pasado. Ahora quizás más gigantescas y rotundas.

Sorprende, entre tanto desnudo de mujer, una figura

---

3 . *La línea de flotación. Dietari intermitent.* Tarragona: Arola, 2009, p 111.

francamente estilizada, casi grácil, fina, de un muchachito también desnudo. En la cartela, aunque para las mujeres no se opere de este modo, se le titula con un enigmático *Ciclista*. Ni una rueda, ni un trozo de cuadro, ni siquiera un manguito aparece para poder establecer alguna relación con una bicicleta. En fin, que se ve que no merece el tratamiento de *Mujer* o *Espalda...*, o lo que sea; se supone que él, además de ser hombre, es algo.

Por cierto, supongo que cuando al hablar de Dina Verny, el prospecto se refiera a ella como «su modelo», tiene algo que ver.

No sé si tiene que ver el hecho de que en los paneles de la exposición, en la versión catalana se diga que Arístides Maillol era un artista «del norte de Cataluña» o una expresión similar, y que en cambio, en la explicación castellana paralela, se le tilde de «rosellonés».

15 de diciembre de 2009

## Punta y tacón

De vez en cuando, y en diferentes ámbitos, se habla de zapatos,<sup>4</sup> concretamente de los atormentadores y vertiginosos (para quien los lleva) zapatos de puntiagudo y lacerante tacón de aguja. Denominación perfectamente comprensible que observo que empieza a ser arrinconada por el barbarismo *stilettos*, palabra absolutamente innecesaria, dado que se podrían denominar directamente y sin ningún eufemismo como «estiletos».

Hace muchos años, debía ser hacia el 1993 o 1994, leí el interesante libro de Jung Chang, *Cisnes salvajes. Tres hijas de China*, que, como indica su subtítulo, es la biografía de tres chinas.

En el primer capítulo, que justamente se titula «Lirios dorados de ocho centímetros», la autora explica la tortura a que fue sometida su abuela y, de pronto, dice esto:

Sin embargo, su mayor atractivo eran sus pies vendados, que en chino se denominan «lirios dorados de ocho centímetros» (*san-tsun-ginlian*). Ello quería decir que caminaba «como un tierno sauce joven agitado por la brisa de primavera», cual solían decir los especialistas chinos en belleza femenina. Se suponía que la imagen de una mujer tambaleándose sobre sus pies vendados ejercía un efecto erótico sobre los hombres, debido en parte a que su vulnerabilidad producía un deseo de protección en el observador.<sup>5</sup>

Unas líneas después —soslayo los horrores sobre el procedimiento para domesticar los pies y convertirlos en

---

4 . Incluso se realizan documentales. El trabajo de fin de curso de Raquel Rei, *Deu centímetres més a prop del cel* (2012), constituye una digna aproximación.

5 . Jung Chang. *Cisnes salvajes. Tres hijas de China*. Trad. Gian Castelli Gair. Barcelona: Circe, 1993, p. 14.

pretendidas y apestosas flores de ocho centímetros—, insiste en este enfermizo y perverso erotismo:

La práctica del vendaje de los pies fue introducida originariamente hace unos mil años (según se dice, por una concubina del emperador). No sólo se consideraba erótica la imagen de las mujeres cojeando sobre sus diminutos pies sino que los hombres se excitaban jugando con los mismos, permanentemente calzados con zapatos de seda bordada.<sup>6</sup>

Afortunadamente, piensa una, cuestión finiquitada. Prehistoria de la humanidad. Con la extensión de los derechos humanos, pronto la juventud no entenderá lo que le están contando al leer una descripción de este jaez. Ya ocurre, por ejemplo, si en clase se te ocurre decir la palabra «corsé».

Por esto quedé horrorizada con las alarmantes concomitancias entre pasado y presente que pueden constatar-se en la opinión de algunos miembros de la clase ilustrada cuando leí lo siguiente en un artículo que relataba la caída de una modelo por culpa de los tacones que lucía (o sufría):

El arquitecto Oscar Tusquets llegó a escribir en uno de sus libros más celebrados sobre diseño que los zapatos de tacón no estaban pensados para caminar y menos para correr, sino para poner calientes a los varones. Y añadía: «Es un diseño modélico, insuperable, como el apoyo del remo en las góndolas venecianas y si no aparece en los tratados de diseño es por el puritanismo bauhausiano, aunque sea absolutamente moderno, y uno de los poquísimos objetos que nunca han sido tan ellos [*sic*] y perfectos como en la modernidad». Luis G. Berlanga, otro erotómano confeso, llegó a escribir que el tacón alto concede una maravillosa inseguridad al paso y afirma además altura, brillo y dificultad al movimiento, «de tal modo que las caderas agradecen este inverosímil y minúsculo punto de apoyo».<sup>7</sup>

---

6 . Jung Chang. *Cisnes salvajes. Tres hijas de China*. Trad. Gian Castelli Gair. Barcelona: Circe, 1993, p. 15.

7 . Màrius Carol. «Tacones lejanos». *La Vanguardia*, 23.2.2009, p. 14.

Me consoló constatar que el articulista y, por tanto, el artículo estaba contra este tipo de tortura. El destacado ya lo anunciaba puesto que decía:

*Las modelos acabaron por salir descalzas tras varias caídas a causa de unos imposibles 'manolos'*

El artículo explicaba que una de las modelos, la española Carla Alonzo, tropezó perdiendo uno de los — digamos— zapatos. Sin perder la compostura, agarró los dos zapatos y acabó el pase descalza. La cosa no acabó aquí, puesto que al final del desfile todas las *top model* se descalzaron al salir a saludar. El público lo premió con una ovación (el artículo no da datos sobre cuántos cineastas, arquitectos, o estetas en general había entre el respetable).

\* \* \*

Seguramente no habría escrito estas líneas si el pasado martes no hubiese leído una entrevista a Nunila López y Myriam Cameros, autora e ilustradora respectivamente de una recreación del cuento de la Cenicienta que han titulado como *La Cenicienta que no quería comer perdices*, y en un momento de la entrevista, cuando preguntan a Nunila López por qué habían escogido justamente este cuento, responde así:

-N: Porque aparte del príncipe están los zapatos que es una forma de maltrato estético para la mujer. Para mí los zapatos de tacón simbolizan la carga que tenemos que llevar cada día las mujeres para estar guapas. El sacrificio. Las niñas que quieren operarse las tetas porque alguien les ha dicho que tienen que ser guapas. Y las perdices que están al final de los cuentos también.<sup>8</sup>

---

8 . Albert Domènech. Entrevista a Nunila López i Myriam Cameros. 12.0.01.2010  
<<http://www.lavanguardia.es/cultura/noticias/20100112/53867717171/cenicient>

\* \* \*

Y quizás tampoco me hubiera animado a escribir estas líneas si, justamente al día siguiente —lo juro—, no hubiera leído un artículo, pienso que no casualmente del mismo autor, Màrius Carol, el mismo que escribió el artículo que narra el trompazo de la modelo. En éste, después de hablar de las relaciones entre Clinton y Bill Clinton, entre Clinton y Obama, acaba explicando que, en sus memorias, la política, la secretaria de estado, narra que secundar a su marido durante los días del *impeachment* a raíz del caso Lewinsky, resistir la tensión acumulada con el corazón roto, le pasó factura y un mal día cayó al suelo desplomada. El artículo acaba de este modo:

Uno de los médicos de la Casa Blanca, tras examinarla, le recomendó que no volviera a llevar zapatos de tacón alto. «¿Nunca?», preguntó ella. «Exacto —respondió el doctor— y con todos mis respetos, señora, ¿qué falta le hacen?». Aquel día descubrió que los *stilettos* perjudican la salud, sobre todo cuando el marido es una piedra en el zapato.<sup>9</sup>

Otra escritora, Sue Grafton, expresó una opinión complementaria y tangencialmente similar acerca de montarse en unos estiletes e intentar caminar. Lacónica, hace que su detective, Kinsey Millhone, protagonista de muchas de sus novelas, diga simplemente: «si fuesen tan cómodos, los hombres se los pondrían».

14-15 de enero de 2010

---

a-es-una-maltratada-psicologica-laratita-anorexica-y-blancanieves-una-yonki-barcelona-myri.html] [consulta: 14.01.2010].

9 . Màrius Carol. «El incorregible Bill». *La Vanguardia*, 13.01.2010, p. 22.

## Las artistas de París

Estaba en París y aproveché el sábado sobrante, es un decir, para distraerme un poco.

Era un día gris y brumoso —la cabecita nublada de la torre Eiffel se perdía entre las nubes—; era un día realmente precioso, extrañamente cálido entre dos nevadas, que me permitió hacer un reposado y largo paseo a la ventura, perfectamente *flanense*, para llegarme más tarde al Pompidou.

Había una magna exposición sobre artistas, sobre creadoras de diversas tendencias, formatos y géneros. Magnífica. La han tenido que prorrogar; fantástico.

Lo pasé muy bien.

Tenía, además, espectáculos añadidos. *Performances* imprevistas, pero muy interesantes.

Una de las artistas de la exposición es Valey Export. Se da cuenta y se muestra a través de fotos, entre otras obras tuyas, *Genital Panic*. La acción consistió, armada de una ametralladora y con los genitales al aire (aunque con los pantalones bien puestos), en recorrer las hileras de una sala de cine X durante una sesión llena de hombres. Admite que pasó miedo: no tenía ni idea de cómo podrían reaccionar los hombres, no sabía tampoco si la agredirían. Lo que ocurrió, sin embargo, es que a medida que ella pasaba, ellos se levantaban y abandonaban la sala con el rabo entre las piernas.

La acción impresiona y hace pensar en esta paradoja espectacular: los mismos hombres que iban a ver coños en la pantalla, cuando podían ver, casi oler uno de ellos, en vivo y en directo —eso sí: voluntaria y libremente ofrecido por la artista—,

ahuecaban el ala con rapidez. Valey Export consiguió, con su osadía, subvertir el sentido de un cuerpo expuesto.

Pues bien, además de los hermosos espectáculos, y para todos los gustos, que ofrecía la muestra —ya que diversos y variados, a veces inescrutables, son los caminos que toman las artistas para expresar su arte, incluso su cuerpo—, se podía seguir el instructivo espectáculo de las reacciones de los visitantes que transitaban por la exposición.

No es que las mujeres reaccionaran todas igual ante lo que veían, no, pero es que las de ellos mostraban rasgos específicamente genéricos.

No a todas las mujeres les gustaba todo lo que veían. Las había bien perplejas ante según qué, o disgustadas en correspondencia con algunas de las creaciones que veían, pero era relativamente frecuente ver pasar una cara, unos ojos, de la incomprensión o la sorpresa a la iluminación y la sonrisa. Daba la impresión de que las obras, a pesar de las distancias, no les eran lejanas, no les eran ajenas, o, como mínimo, no se cerraban ni se impermeabilizaban, no se agarrotaban ni se blindaban ante ellas, de una manera u otra, en una u otra, se reconocían. Había también mujeres muy curiosas e interesadas; había las que perdían la noción del tiempo.

Los hombres, sin embargo, reaccionaban de otras formas, seguían unos patrones diferentes, otro canon.

Había hombres que acompañaban a alguna mujer: iban como un poco atrás de la respectiva y la expresión que mostraban era entre paciente, lacónica y taciturna (parecían hombres de pocas palabras, al menos en aquella ocasión, en aquella exposición).

Había una tipología que a la que se acercaban a los espacios dedicados a las cocinas, el menaje del hogar, a las



vajillas y a los diversos instrumentos, o a los muebles y lámparas, diseñados por artistas (y no sólo pienso en, ni recuerdo a, Gae Aulenti), es decir, a todos aquellos objetos concretos y reconocibles, alejados, en principio, de las representaciones del cuerpo, se abalanzaban y se hartaban de hacer fotos, como quien, cuando va a la deriva, se agarra a una tabla de salvación.

Había hombres que, por su expresión, se notaba que estaban altamente tensos o incomodados, incluso se veían algunos francamente despechados e indignados, no parecía que se lo estuvieran pasando muy bien. Algunos no se privaban, sin fijarse ni reflexionar demasiado, de decir lo que traducido al castellano sonaría como «qué solemne burrada».

Un rasgo común caracterizaba la actitud de casi todos: una enorme lejanía respecto a lo que estaban contemplando, una especie de imposibilidad de reconocerse en ello, una reluctancia a entrar. Sólo quedaban exentos los que tenían pinta de dedicarse al arte: lo miraban todo con un ojo ciertamente profesional.

Finalmente estaban los que —durante un rato fui siguiendo a dos jóvenes especímenes bien representativos—, especialmente si lo que tenían ante los ojos era un representación no abstracta, ni indirecta, de un activo cuerpo de mujer alejado de los cánones, normalmente imposibles, que propagan y postulan los anuncios y la propaganda, estallaban en grandes carcajadas (me pareció percibir que con un dejo de histeria progresiva).

Lo que va de una carcajada a una sonrisa.

Pamplona, 9-12 de febrero de 2010

## Las mujeres y Bolaño

¡Qué bueno es el teatro cuando es bueno! ¡Qué gusto ir!

Vamos a ver *2666* de Roberto Bolaño, o sea, una representación a partir de la obra homónima del escritor, una adaptación. Cinco horas en cinco partes de magnífico, sensible y trepidante teatro que se hicieron cortas, que, a pesar de dejar una fuerte y perdurable impresión, pasaron como si nada (y eso que al día siguiente madrugaba).

Los adaptadores decidieron muy sensatamente que ante un texto tan potente, bien trabado y que derrama inteligencia para cualquier borde, lo mejor era hacer como con el pescado fresco, terso, rutilante y de rojísimas agallas: no manipularlo ni cocerlo demasiado con la intención de estropearlo lo mínimo posible.

Sin embargo, a veces no confiaban lo suficiente en el texto (o en la perspicacia y madurez del público) y lo aderezaban con algunas imágenes redundantes que no añadían nada.

La obra, para mí, se habría podido terminar después de la cuarta parte, «La parte de los crímenes»; fragmento apasionante y tensísimo de final conmocionador.

Después de interpretar una serie de individuos machistas y misóginos a matar —por desgracia, no por exagerados, inexistentes en la realidad—; después de relatar y describir uno de los crímenes más odiosos contra la humanidad: el feminicidio, es decir, matar mujeres —niñas, jóvenes, adultas, viejas...—, no porque sí, sino por el simple hecho de que son mujeres, para mostrar la pretendida virilidad de unos desechos que no llegan a la categoría de humanos, esta cuarta parte, muy coherentemente con lo que ha explicado y mostrado, termina con la recitación,

por parte de los asesinos que la protagonizan, de una agónica letanía insoportable de pretendidos chistes misóginos.

Es la primera vez que en el teatro (en el cine) no he oído —con gran pena y disgusto, siempre que ha pasado— algunas risas habitualmente masculinas provocadas por insultos de este tipo, por vituperios más repugnantes todavía por culpa de su supuesto formato gracioso. Aquella tarde no se oía ni el vuelo de una mosca, el público unánimemente clavado en la butaca aguantaba la respiración y sudaba; incluso se oyó una voz femenina que no se pudo aguantar y clamó un «cabrón» indignadísimo.

Como telón de fondo, se iba proyectando la escalofriante, pero por desgracia muy real, lista de las miles de mujeres cruelmente asesinadas de Ciudad Juárez, de Santa Teresa y alrededores. Esta vez, de forma nada gratuita y sobrante, sino muy complementaria y expresiva.

Por eso me extrañó que regularmente, en una obra tan ajustada y sabia, por ejemplo en la primera parte, la crítica literaria que salía, cuando se tenía que sentar detrás de la mesa, lo hiciera, contrariamente a los hombres que también se sentaban, encaramada sobre un alto taburete. ¿Para que le pudiéramos ver bien las piernas, quizás? Que cuando se explicaba que tal o cual mujer hacía el amor, gratuitamente se hiciera que se quitase el jersey y se la hiciera quedar en sujetador —o mostrar alguna otra parte de su anatomía—, o se le hicieran enseñar los pechos. ¿Pensaban que quizás no lo entenderíamos? ¿Cómo es que a los hombres —cuando se encontraban en situaciones similares— no se les hacía enseñar el culo, por ejemplo?

Me pareció contradictorio y poco coherente que, a las mujeres, les hicieran hacer lo mismo aunque en un estado, en principio no virulento y más bien embrionario, que lo que la

obra, que lo que Bolaño, tan bien denuncia y muestra.

11-12 de febrero de 2010

### *Le retour d'Afrique,*

o la africanista que nunca alcanzó la costa de África

Hace años, muchos, fui a verla —creo recordar que en el cine de la calle Tusset— *Le retour d'Afrique*, una película de 1972 de Alain Tanner (el de *La salamandra*, el de Jonás que cumplirá...).

Me parece recordar que narraba con ritmo moroso, pocas palabras y en blanco y negro el deseo y la intención de una pareja de ir a África. Total, que se acaba la película y no se han movido ni un centímetro de su ciudad.

La recordé el pasado febrero en la clausura de una jornada de lengua.

La africanista que oficiaba, digamos, la clausura explicó que debía ser la única africanista que no había estado nunca en África.

Se ve que hacía ya unos años hizo papeles para ir a Dar es Saalam.

Todo iba razonablemente bien hasta que en uno de los papeles tuvo que especificar si era mujer u hombre (quizá no lo preguntaban en este orden). Ella puso, claro, que mujer y ya nunca más se supo (de la hipotética estancia en aquella ciudad).

Desde aquel momento, dijo, no quería tener que decir

nunca más si era hombre o mujer, no quería hacer ninguna diferencia. Por lo que decía y tal como lo decía se desprendía que pensaba que, si actuaba de este modo, tenía (más) posibilidades de ir a África o a un sitio equivalente.

Tiene que ver con aquellas profesionales que se empeñan en decir que son «un ingeniero» y no «una ingeniera» o «un abogado» y no «una abogada». Comprendo perfectamente su intención, por qué lo hacen, qué pretenden, pero discrepo de la estrategia. Ya pueden disimular, ya, que las acabarán poniendo en su sitio; las verán como (simples) mujeres.

Me conmovió y me hizo estremecer (la comprendí tan bien...).

Ahora bien, no le habría servido de nada, claro está, dejar la casilla en blanco en el formulario sobre si era mujer u hombre, incluso no le habría servido de nada decir que era hombre. En algún momento lo habrían notado y la habrían hecho pasar por el aro (como a las ingenieras, como a las abogadas), es decir, la habrían puesto en su lugar.

Siempre ocurre, menos en las oposiciones donde no se sabe hasta que sale la nota si se trata de una opositora o de un opositor. Por esta razón en este tipo de prueba, en este tipo de acceso al trabajo, las mujeres tienen tanto éxito.

Dijo que nunca más haría diferencias, se dijo que nunca más querría diferenciarse.

Un caso estremecedor, aunque comprensible, de auto-odio. No dejó de ir a África por culpa de ser mujer: dejó de ir porque alguien no quería en absoluto a las mujeres (o las odiaba).

17 de abril de 2010

## La vida y nada más

Cuando mi padre tuvo el infarto, mi madre reaccionó con un nostálgico y casi airado: «y tan bien que estábamos».

Mi padre tenía ochenta años y unos cuantos achaques, principalmente en las piernas y en el oído; mi madre, aunque más joven, también tenía algunos. A pesar de poseer un natural dramático entreverado de épica, cuando articulaba la queja, mi madre no recordaba ni por asomo ninguna de las muchas veces que había hecho amarga referencia —a veces de manera muy irónica y graciosa— a males y a dolencias.

Cuando te enfrentas a un mal peor, a uno de verdad, los anteriores te parecen tonterías y estados idílicos (casi bucólicos) del cuerpo.

Así, esta tarde yo me las veía y las deseaba para volver a un régimen de suntuosas verduras hervidas, crujientes galletas de arroz, fragantes escalibadas, succulentos garbanzos en sazón, golosas lentejas, alimenticia leche de soja, fruta madura, a una orgía de olorosas y especiadas —dulcísimas y apetitosas— compotas.

No veía el momento de abandonar el omnipresente y aguado caldo vegetal; de tener un ataque sólo de vez en cuando.

4-16 de mayo de 2010

## Desnuda

Entra por la puerta batiente de urgencias y casi tropieza con la silla de ruedas que hay preparada para que se deposite en ella.

La arrastran («haga el favor de subir los pies») hasta el box. En la pared, el estilizado y discreto Cristo que cuelga es un estilete, un bisturí; lo compensa a medias un cartel didáctico: «Cada residuo en su recipiente», que durante las largas horas de dolor que lo tiene delante aprende prácticamente de memoria: «Jeringas sin agujas en el cubo blanco», etc.

Dos auxiliares se apelonan a su alrededor, la despojan de gafas, de botas, jersey, camiseta, pantalones, sujetadores, le colocan una fría bata de celulosa verde. Le dejan calcetines y bragas (ellas lo llaman «braguitas» —el uso de los diminutivos en el ámbito de la salud requiere un capítulo aparte—;<sup>10</sup> al margen, no sabe cómo deben denominar al equivalente masculino: es decir, si los denominan «calzoncillitos» o «calzoncillillos»); esta concesión parcial (calcetines y bragas) tiene quizás la virtud de agravar la desposesión y la sensación de vulnerabilidad. Ya está convenientemente deshumanizada.

\* \* \*

(En la cárcel, por diferentes motivos y con otros fines y objetivos, actúan igual: todo fuera. Anillo, reloj (si llevas), gran parte de la ropa, cordones de los zapatos..., todo aquello, todos los objetos que también te configuran. En los manicomios y los campos de concentración, por lo que he leído hacen lo

---

10 *La línia de flotació. Dietari intermitent*. Tarragona: Arola, 2009, p 167 i ss.

mismo. Supresión absoluta de cualquier cosa con la que te puedas identificar, con la que puedas tener una relación, reconocer el color, el olor, la textura, la imagen de quien te la regaló, el recuerdo de dónde, de cuándo lo compraste.)

\* \* \*

(Durante la estancia en la clínica, cada mañana, entre las seis y veinte y las seis y veinte y siete de la madrugada, le miran la temperatura. Supone que habrán comprobado científicamente que es la mejor hora, la más pertinente. A partir de ese momento, supone que la vigilan de cerca, dado que no le toman nunca la presión hasta unos segundos después de que han comprobado que ha vuelto a dormirse —siempre en el bien entendido de que una bajada temporal del estruendo del pasillo se lo haya permitido—. Tiene que pensar que no es debido a un régimen cruel sino que serios y sistemáticos estudios deben aconsejar que esta es la manera óptima de comprobar la presión.)

\* \* \*

(El régimen alimenticio también es muy curioso y extravagante. Cuando consideran que ya puede ingerir algo, decretan dieta líquida. Lo primero que le llevan es un conjunto de leche levemente tibia y caldo («consomé» ve que dice el papel), eso sí, agradece que se lo traigan por separado, cada líquido en su taza. Por la superficie del tal consomé, flotan unas lunas de un tamaño y densidad tan espectaculares que harían un magnífico papel en una comida de Navidad.

Ha sospechado siempre que los menús de los hospitales se encargan a un ser depravado y abyecto que está, además, constantemente haciendo huelga a la japonesa.)



\* \* \*

El dolor no deja casi que se estire. Viene la enfermera y en un santiamén (tienen una maña enorme) le abre la vía. Esta apertura en su cuerpo que les permitirá ir metiéndole dentro todo lo que crean conveniente, lo que les apetezca. La piel ya no la separa del exterior, la membrana está pinchada. (Hasta el último momento del último segundo del día que se fue no se la retiraron.)

Horas después, aunque la última droga que le han administrado finalmente le alivia el dolor, está mucho más enferma que cuando entró.

Cuando llegó era una persona, era una mujer, ahora no es más que esquemáticamente, linealmente, sin más atributo ni matiz, «una paciente». Dentro de un ratito será simplemente «la de la 309». A veces, «e» de la 309.

Y tenemos suerte que todo está yendo bien. Que la atención es buena y eficiente, incluso humana.

16-29 de mayo de 2010

## Aguijón al rojo vivo

Me regalan un cd maravilloso de Sigismondi d'India: *Il Terzo Libro de Madrigal*.

Para ilustrar la tapa, aunque no viene mucho a cuento, hay un detalle del cuadro *La muerte de Cleopatra* de Guido Reni (no consta el año de ejecución).

En él una robusta, voluptuosa y un poco mórbida Cleopatra de carnosas manos enseña un pecho, porque desde tiempo inmemorial no hay duda de que un pecho de mujer es bueno para ilustrar casi cualquier cosa: desde un coche a un perfume, o un calendario que anuncia frenos para camiones, pasando por la libertad guiando al pueblo, o la justicia.

Pasivamente y mirando hacia arriba, ofrecida y con los labios entreabiertos, Cleopatra espera pacientemente —casi, casi pone cara de desearlo— que la pequeña áspid la pique en un pecho, justito en el borde del pezón (es sabido que las serpientes tienen debilidad por un cachito tan tierno y blando de anatomía femenina).

Como un relámpago me han venido a la mente los dos últimos versos del segundo cuarteto del aparentemente hermoso soneto —de título homónimo— de Bartomeu Rosselló-Pòrcel, que tan bien supo musicar Maria del Mar Bonet; comienza así: «Cuando ella duerme el placer soñoliento / del viejo jardín vibrante de flores y noche...».

El poema «Soneto» es la narración detallada y poco metafórica de una violación sin más, perpetrada con nocturnidad, alevosía y un cierto encarnizamiento —convenientemente envuelta en un ambiente de encanto y galanura, eso sí; encla-

vada en un jardín, rodeada de flores, esto también—y, para más inri, bendecida, es decir, plenamente justificada, por un Amor satisfecho y sonriente.

Los dos versos desvelados por la magdalena de la visión de Cleopatra que me han sido arrebatados de la profundidad del olvido dicen así:

la abeja soy que clava la ardiente aguja —furia y  
fuego— en su pecho.

Hace mucho tiempo, mucho, cuando comentaba este poema en clase no costaba demasiado que vieran estos dos versos como un posible símil, metáfora, estampa, de una penetración.

De todos modos, si hubiera tenido a mano esta imagen (la distancia entre una abeja y una serpiente en cuanto a prestaciones utilitarias es bastante corta), la explicación habría tenido un soporte gráfico muy adecuado.

7-9 de agosto de 2010

## Bravos argumentos

Con mucha expectación, ruido y faramalla, recientemente el Parlament ha prohibido por ley las corridas de toros en Cataluña; me parece, sin embargo, que la prohibición no entrará en vigor hasta después de 2012. Ay.

Hay dos argumentos que se han utilizado a favor de no prohibirlas que son especialmente capciosos y groseros.

El primero es el de esgrimir la libertad. La libertad por encima de todo. Ya se sabe que no hay nada, ni nada mejor ni más bonito que la libertad. Y así, políticos y políticas de derechas que en general se hinchán a prohibir las cosas más elementales y lógicas de todo tipo, por ejemplo, que todas las televisiones autonómicas puedan verse en cualquier lugar del Estado —por ejemplo, el derecho al propio cuerpo de las mujeres—, ahora, como si un viento casi libertario embargara su ánimo y les hubiera trastocado el entendimiento y el tino, como si fueran descendientes del 68 parisino, están por no prohibir nada. No sé si, en la deriva de este canto a la libertad a ultranza, están también en contra de las órdenes de alejamiento de maltratadores y posibles futuros asesinos, es decir de prohibir que se acerquen a las hipotéticas víctimas; o de prohibir las ablaciones de clítoris; o las señales de stop.

El segundo, desprende un viejo y conocido tufo. Consiste en pontificar que quizá habría sido mejor dedicar los esfuerzos que se han empleado en sacar adelante la ILP sólo a favor de un tipo de animal a que se prohibieran, además de las corridas, los mataderos, las granjas de pollos, las granjas de cerdos, la venta de carne de boca, etc., etc. O a combatir el

hambre en el mundo.

Me suena. Cuando se habla de visibilizar las mujeres en la lengua, siempre hay personajes, en apariencia normalmente constituidos, que aconsejan que te dediques a cosas más importantes para el progreso y la dignidad de las mujeres; señal inequívoca que consideran una tontería tal dedicación.

Con este curioso argumento muestran dos patitas: *a*) que están en contra de visibilizar las mujeres en la lengua, o al menos que están en contra de tus propuestas o formas de hacerlo; *b*) que te consideran incapaz de hacer más de una cosa a la vez (como aquel presidente de EE.UU. que no podía caminar y comer chicle al mismo tiempo); es decir, que dedicarte a una determinada causa, digámoslo así, te incapacita, te quita fuerzas, para trabajar para otra que, como mínimo implícitamente, consideran mucho más importante o simplemente buena; o sea, piensan que iniciativas que podrían ir perfectamente en el mismo sentido son excluyentes o incompatibles por definición.

Es posible que haya gente que esgrima este segundo argumento y, en cambio, no mueva ni un dedo ni por lo uno ni por otro, ni por una causa ni por otra, pero este extremo en general no se comprueba.

Hoy dejo de lado la incoherencia que supone que las reacciones a la prohibición de las corridas en Cataluña sean diferentes de las que suscitó la misma decisión en Canarias hace ya varios años. Es decir, que se atribuyan a una misma prohibición causas, motivos, intenciones, diferentes según el lugar en que se den.

8-10 de agosto de 2010

## Peñíscola

A partir de las siete y media, como un solo hombre, los ídem, cargados con kilos de impedimenta y pese a la dificultad de avanzar por la blanda arena, se desplazan en batallones hacia la línea de la costa. Van a tomar posiciones, a luchar denodadamente por la posesión del territorio dejándose en esta lid, si es preciso, la última gota de sangre, a plantar batalla por cada palmo de arena de una playa por la que hace mucho tiempo había campado —marcial y viril— el Cid.

Alguno avanza en zigzag, en solitario, oliendo cuál puede ser ese día la mejor posición, otros, especialmente los provenientes del norte, hábilmente comandados por uno de ellos, se lanzan sobre una extensa franja de terreno y hasta que no la han asegurado a base de marcar el territorio, a copia de colocar sombrillas (los más invasivos las dejan ya abiertas), sillas plegables, toallas, no la abandonan.

Tanto los que optan por una distribución férrea y cuadrículada: todos los utensilios en perfecta y simétrica disposición, como los que prefieren una disposición más informal y casual estudian al milímetro la distancia que deben dejar entre silla y silla, entre toalla y toalla, con vistas a encontrar el equilibrio perfecto entre la máxima y óptima ocupación de territorio, sin dejar de tener muy presente siempre, sin embargo, que no se puede dejar ninguna fisura, por pequeña y mínima que sea, susceptible de ser ocupada por una alfombra o una sombrilla enemiga que se podría instalar en una rápida incursión en forma de guerrilla aprovechando, por ejemplo, el abatimiento y somnolencia de media mañana.

Lo más difícil de calcular parece que es la distancia justa entre la base de operaciones y el mar: lo suficientemente lejos para que no se mojen las toallas y dejando un camino para que la gente pueda pasear, pero lo suficientemente cerca de la orilla para que nadie ose plantificar allí silla ni parasol entre *su* territorio y el fino espumillón de las olas que vienen a morir en la costa. Hacia las diez y media, sin embargo, siempre hay un vendedor ambulante u otro, una peinadora, que consigue montar el tenderete en medio.

(La ocupación del territorio sigue estrictamente la misma técnica y prioridades que las construcciones de cemento, que los hoteles y bloques de apartamentos que ocupan toda la franja de costa que va de Peñíscola a Benicarló. Desde el mar se puede ver especialmente bien el paralelismo, la similitud, entre ambas ocupaciones, entre las dos construcciones.)

A media mañana, las agrupaciones territoriales (algunas son eminentemente tribales) ya ocupan la playa de cuarenta en fondo.

Una de las operaciones más vistosas de la epopeya mañanera es clavar la sombrilla en el suelo: recuerda ligeramente la manera de plantar la bandera yanqui en la playa de Iwo Jima. Las masajistas chinas contribuyen a dar una cierta consistencia y textura oriental al paisaje.

Respecto a esta operación, los pelotones van armados de las novedades más sofisticadas, destacan los colgadores de ganchos para instalar en el parasol y colgar todo tipo de artilugios o los destornilladores de arena para plantar estos mismos parasoles con contundencia y seguridad, además de método.

Una vez terminadas todas estas maniobras, lo diré de la manera más concisa y brutal: los hombres se ponen a yacer

hasta el día siguiente.

En el zenit del mediodía, entre una y cuatro aproximadamente, las posiciones quedan desatendidas ya que las tropas, especialmente las que tienen destacamento infantil, que son la mayoría, necesitan restaurar fuerzas y, terminados los víveres con los que se han pertrechado, se van a comer y beber; quizás a hacer la siesta, dejando una huella caótica de cubos y palas, de pelotas y cremas solares detrás suya. Una tregua tácita garantiza la paz de la playa.

A esa hora es imposible plantearse limpiarse los pies de arena en los grifos dispuestos para tal fin por el ayuntamiento, o ducharse. Las pasarelas de madera de ir a la playa (o volver) retumban al paso de las divisiones en franca retirada estratégica.

Doce hora más tarde, en la hora más dulce, hacia las siete y media, cuando los edificios alargan toda la amplitud de su sombra por la playa, ejércitos aparentemente rendidos, derrengados, aturdidos de sol, anestesiados por el constante ruido del mar, abandonan sus posiciones.

Es un espejismo: al día siguiente por la mañana, como las olas, incesantes, volverán con renovadas fuerzas.

8-12 de agosto de 2010



## Una de lengua

Viernes 10 de septiembre, por la mañana.

Voy trabajoteando, mientras, inadvertidamente, oigo la radio. Cadena Ser.

Dan un programa que me parece que se llama Unidad de vigilancia lingüística (o algo parecido) de periodicidad semanal.

Hoy comentan lapsus lingüísticos y confusiones que han tenido diferentes personas en la radio, y quizás también en el resto de medios audiovisuales.

De pronto el que lleva el programa, me parece que su nombre es Isaías Lafuente, anuncia que un oyente ha preguntado si existe la palabra «ídola».

Pongo la oreja.

El experto le responde que no. Dice que es una palabra epicena que queda marcada por el artículo en masculino o femenino, pero que no existe en femenino, que la palabra en sí es masculina.

Me quedo de pasta de moniato. ¿No habíamos quedado que era epicena, de género común?

¿Cómo puede ser masculino un sintagma como «la ídolo»?

Que sea un experto quien tenga este lapso (o esta confusión) no deja de ser aleccionador.

¿Cómo es posible que se haga (ensañada) burla de algunas no expertas cuando, por muy erróneamente que sea, perciben e identifican, por ejemplo, «miembro» con el masculino, con «hombre»?

13 de septiembre de 2010

## **Bartoli**

A pesar del viento y las ráfagas de lluvia, del tiempo otoñal, me voy al Auditori contenta.

Canta la gran Cecilia Bartoli. Haendel; y lo que cuelgue.

El Auditori, que en general cada vez se parece más a un sanatorio decimonónico, vaya, como subir a la montaña mágica.

Con devoción lo digo y no hay que añadir nada más: ni una tos.

11-14 de octubre de 2010

## **Bajo mínimos**

A estas alturas ya se habrá terminado el épico rescate de los treinta y tres mineros atrapados a más de 600 metros de la superficie a la explotación de San José en Atacama, en Chile.

Todo ha ido bien. Y es una gran alegría que todo haya terminado tan requetebién y les hayan podido sacar a todos sanos y salvos.

Quizás se celebrará aún más porque es un hecho insólito en un mundo donde las desgracias y las catástrofes parece que hagan cola para ir minando a la humanidad. No hay fisuras en mi agradecimiento.

\* \* \*

No puedo dejar de dar vueltas al dinero que se habrán gastado en la hazaña. Y conste que si se hubieran gastado infinitamente más habría sido bien empleado.

¿Cuántas víctimas de otros tipos de accidentes catastróficos, o simplemente niñas y niños que se mueren literalmente de hambre se pueden salvar con el mismo dinero? Supongo que una enorme cantidad. ¿Por qué no se hace paralelamente a este otro rescate?

Serían operaciones menos visibles, más cercana al cuidado que no este ingenio que han inventado para la epopeya minera, pero no por ello serían proezas menos espectaculares. Parecería que si no es difícil, no vale la pena.

Si se ha podido hacer para estos treinta y tres. (Celebrémoslo y celebrémoslo.) ¿Por qué no para otra gente?

No puedo dejar de pensar en ello.

14 de octubre de 2010

## **Nombres y apellidos**

El gobierno central propone que si no hay acuerdo entre madre y padre respecto al orden de los apellidos que se imponen a un hijo o a una hija, se haga por orden alfabético.

Esta nueva disposición acabaría con el sangriento

sarcasmo que impera en esta cuestión, dado que en este momento el desacuerdo se resuelve poniendo —porque sí— primero el apellido del padre y luego el de la madre (y el orden de los factores, en lengua, sí altera el producto). Es decir, no sólo los usos y costumbres y el patriarcado van a favor de quien ya tiene el derecho, del poderoso, sino también la normativa. Curiosa justicia.

La necesidad de la nueva normativa es tan clara que no hacen falta mucho más comentarios.

Por tanto, la cuestión a analizar más bien será los —digamos— argumentos de quien se opone.

Uno de los que más se esgrimen es que no hay demanda social, es decir, que nadie lo pide. Me pregunto, pues, en primer lugar: ¿se da voz a quien lo pide? (En mi experiencia, no), en segundo lugar, ¿cómo saben que nadie lo quiere? En tercer lugar, que yo recuerde, también se utilizó este —digamos— argumento para los matrimonios gays, para la ley del aborto o incluso para la del divorcio. Además, ¿tendría algo malo y censurable en que, por una vez, la ley se adelantara a los tiempos, marcara el camino de algunas igualdades?

Otro —digamos— argumento que se utiliza mucho (también se usa para otras innovaciones) es que con los tiempos que corren hay cuestiones más importantes, hay otras cosas que sí que «realmente interesan a la ciudadanía». Argumento típico de quien se opone a alguna medida. La pregunta sería: ¿hacer el mundo un poco mejor en el aspecto que nos ocupa impide dedicar todo tipo de esfuerzos a otras cuestiones?; ¿impide esta nueva normativa, por ejemplo, implementar tantas medidas que se quiera contra la crisis?

Dicho sea de paso, es el mismo —digamos— argumento que se usó contra la elaboración del nuevo Estatuto, o para

rebatir la necesidad de equilibrar la balanza fiscal, el mismo que pone en la cola diferentes políticas de conciliación o de medidas para aligerar situaciones de dependencia familiar (medidas y políticas que, vuelva a ser dicho de paso, lucharían muy efectivamente contra la crisis). El que intenta habitualmente deslegitimar cualquier avance promovido por el Feminismo. El que pone los intereses y afanes ecologistas a la cola, o simplemente los elimina de la agenda.

El tercero, es el más putrefacto y perverso. Consiste en decir que no vale la pena hacer nada para que la medida afecta a muy poca gente, a un tanto por ciento muy bajo de casos. Extenderé el—digamos— argumento para que se vea como es de abyecto: ¿qué porcentaje de la población representan las mujeres asesinadas por su pareja o ex pareja? (¿Valdría la pena dedicarle el máximo de esfuerzos aunque sólo fuese una?) ¿Qué tanto por ciento de la población mundial habla catalán? (¿Vale la pena invertir en ella energías para que vaya sobreviviendo aunque afecte a una cantidad tan y tan pequeña de hablantes?).

\* \* \*

Para acabar de remachar la necesidad de la medida, me gustaría que, para hacerse cargo, quien lea estas líneas tuviese la bondad de hacer el esfuerzo de visualizar la escena entre una futura madre y un futuro padre discutiendo (o hablando) la cuestión. Incluso puede intentar imaginar cómo iría la conversación si la suscitara —pongamos por caso, en el caso de ser mujer— ella misma.

Por si la imaginación falla, reproduzco la narración de cómo ha ido la cosa ya en algún caso. Lo extraigo de la lectura de un periódico:

Como a muchas de sus amigas y familiares, a María Castro siempre le pareció injusto que los hijos tengan que llevar «porque sí» el apellido del padre. Mucho antes de quedarse embarazada ya lo había hablado con su pareja, Jordi López, a quien tampoco le parecía descabellado el planteamiento. Es más, estaba de acuerdo. Y llegó el embarazo y a medida que crecía la barriga, crecían las dudas de Jordi. Pasaron los meses, y unas horas antes del parto y ante la insistencia de su ginecóloga, la pareja decidió jugarse a suertes el apellido. Ganó la madre. Biel Castro López acaba de cumplir cinco años. En el 2005, esta pareja de Tarragona ya optó por anteponer el apellido materno anticipándose así a lo que prevé la ley de Registro Civil, en trámite parlamentario y que se prevé que entre en vigor dentro de dos años.

A María y a Jordi no les costó decidir el nombre de su bebé: Biel, por unanimidad. «Pero con el apellido fue otra cosa —recuerda María—. Jordi había dicho muchas veces que le parecía bien que Castro fuera el primero y ahora no podía imponer su López...». Y así estaban hasta unas horas antes de dar a luz. En la sala de dilatación del hospital, con María tumbada en una camilla, la ginecóloga insistió: «Nos dijo que tenía que reservar habitación y que quería saber qué apellido ponía primero...», apunta María, pediatra de profesión. «Y decidimos echarlo a suertes». La comadrona escribió los apellidos en dos papeles y la ginecóloga escogió uno. «Los tres querían que saliera el apellido de Jordi: 'Pobre Jordi, cómo eres, qué te cuesta...?', me decían», relata María. Ella ganó, y Jordi aceptó el resultado sin ningún problema.

«Nunca me han gustado las injusticias, y considero que esto lo es. Nosotras llevamos el embarazo y parimos. Tenemos algo que decir sobre el apellido, ¿no?». María está satisfecha y nada tiene que ver con la posibilidad de que se pierda porque tiene un hermano y varios sobrinos.<sup>11</sup>

El artículo tiene algunas imprecisiones: el Código Civil se modificó en 1999, esto quiere decir que ya hace unos cuantos años que se puede invertir el orden de los apellidos, sin embargo, permite visualizar cómo puede ir (yendo bien) una

---

11 . Redacción. *La Vanguardia*. «Lo echamos a suertes», 6.11.2010, p. 32.

escena este tipo. Es interesante ver la expresión que se utiliza en el tercer párrafo: «imponer su López»; o también en este mismo párrafo la súplica de comadrona y ginecóloga para que ella «cediera» ante el hombre. Es una escena que realmente no admite la regla de la inversión. ¿Alguien puede imaginarse la misma escena con los sexos cambiados?

El caso podría servir de gráfica explicación de por qué en las parejas heterosexuales sólo el 0,27 de criaturas llevan primero el apellido de la madre.

Quizás vale la pena, pues, que una disposición ayude a las madres que tienen el deseo de poner en primer lugar su apellido.

\* \* \*

Acabo. Me alegra ver que, contrariamente a cuando se habla de la prohibición de las corridas de toros, no hay nadie que se atreva esgrimir el —digamos— argumento de la libertad. Vamos mejorando.

5-7 de noviembre de 2010

## El paput

El papa ha pasado fugazmente —que no frugalmente— por Barcelona y ha aprovechado para consagrar la Sagrada familia. Lo ha realizado entre sermón y sermón, alguno realmente provocador e indigno de un jefe de Estado en ejercicio. La más mínima prudencia y buena educación aconseja que en general los y las jefes de Estado intenten no criticar al país que los acoge por muchos motivos que les amparen. Se ha despachado bien a gusto, de manera bastante burda y chapucera, contra algunos principios de la sociedad del Estado que lo ha invitado. La agresividad que ha mostrado siembra dudas sobre la finura, sutileza y modos que tantos siglos de historia confieren al Vaticano si se escucha a algunos periodistas de por aquí que le atribuyen un montón. (Se ha atrevido a comparar el actual laicismo —a su entender, comecuras— con el anticlericalismo de los años treinta del siglo pasado.)

Tal vez se debe a que nunca se acaba de saber si viene como pastor —si es así, no se viste como tal— o como político.

De todos modos, el detalle que más me ha impactado es el rebaño de religiosas (del orden de las Auxiliares Parroquiales de Cristo Sacerdote; expresivo nombre, a fe de dios) que, dispuestísimas y serviles, después de convenientemente consagrado el altar, aseadas, hogareñas y armadas con sendas Vileda, se han apresurado a secar el aceite crismal (que no era vino como podría pensar una persona maliciosa) que él había derramado a placer durante tan solemne ceremonia sobre



el bloque de piedra maciza (tres toneladas y media) de pórfido traído expresamente de Irán.

Posteriormente, una vez diligentemente secadas también las gotitas que han caído en el suelo, otras monjas han cubierto el altar —limpio ya como una patena y como los chorros del oro— con un sinfín de manteles bordados; concretamente por las monjas de Sant Pere de las Puelles.

¿Quién dice, pues, que las mujeres no tienen cabida en la Iglesia?

Que se sepa que cuatro laicas italianas consagradas de Memores Domino, rama espiritual de Comunión y Liberación: Carmela, Loredana, Emanuela y Cristina —una vez más no sabemos los apellidos y no es por casualidad—, viven en el apartamento pontificio del mismísimo papa, acompañadas de un mayordomo y dos secretarios —de ellos es facilísimo saber los apellidos: los he podido leer en el mismo papel en el que no se decía nada de los de ellas—. Las cuatro laicas se ocupan de la limpieza, la cocina y la colada (espero y deseo que las albas vestiduras a que tan aficionada es su santidad vayan a la tintorería). En tiempos de Juan Pablo II, estas nobles e imprescindibles tareas las hacían unas monjas polacas (se dice que la de preparar las comidas concretamente en una obsoleta cocina de gas).

Con razón dice la Iglesia que servir a Dios es reinar.

Lástima que a todas ellas no les dejen hacerlo, sólo les dejen servir a los hombres.

7-14 de noviembre de 2010

## El cambio

El domingo pasado tomó un taxi.

En la parada del bicing no había ni una ni media; no acostumbra a madrugar la empresa de mantenimiento; peor es cuando te da una con un pinchazo o sin cadena y encima no te la deja volver. Ni rastro de autobús a esa hora —ni siquiera había pasado inminentemente, como acostumbra.

Paró un taxi.

Es consciente que no debería decirlo, pero el taxista tenía mala pinta.

Cuando llegaron al club el taxímetro marcaba siete euros con veinte. Diligente, metió la mano en el bolsillo del pantalón y, sí, tenía los dos veinte.

Como no tenía ningún billete de cinco euros, le alargó uno de diez al taxista mientras le decía si le iban bien los dos veinte.

El taxista mudo.

Se lo repitió.

Entonces él, le dijo que ya que no tenía los dos veinte le diera lo que tuviera.

Paciente, pero notando que tenía unas ganas irrefrenables de abandonar el taxi lo más rápidamente posible, le reiteró que ya le había dicho que los tenía y se los dio.

El taxista se lo embolsó y se quedó quieto como un muerto.

Le tuvo que reclamar los cinco euros del cambio.

El tipo, con cara de resignación, sin inmutarse se lo dio.

Cuando caminaba hacia el club se preguntaba,

maravillada, si acudían a cursillos de psicología latrocinia.

29-30 de enero de 2011

## Diecisiete

Estos días hay mucho revuelo sobre el desenfreno de tener diecisiete autonomías. Sufriremos.

Uno de los argumentos más utilizados es que ahora hay diecisiete defensores (lo dicen así, en masculino, aunque haya alguna defensora), y que, si bien se mira, con uno bastaría. Se supone que perfectamente instalado en el centro de Madrid.

Lo que ya no se sabe es si sería fiable y conveniente para según qué país tener un defensor tan imparcial que recurre el Estatuto para defender a alguien (¿de qué?); o una defensora tan trabajadora que recurre que el catalán sea lengua vehicular en la enseñanza. El 80% de los recursos del defensor y la defensora central estos dos últimos años han sido contra leyes catalanas; principalmente las que inciden en el uso del catalán.

¿A qué defensa, a quién, acudiría la población de este posible pequeño país?

29 de enero 4 de febrero de 2011

## Más allá

Ayer, viernes, cine. Una de las cosas que da ritmo a la semana; sentido a la vida; alegría a la mente y al cuerpo.

Fuimos a ver la última de Clint Eastwood, *Más allá de la vida*. Gran director, austero y pulido. Impecable. Sabe hacer cine.

No es realmente la mejor película de su carrera, pero saca partido de la pequeñez de la trama. Lo mejor de cada actriz y actor. Por ejemplo, la expresiva cara de uno de los secundarios cuando la protagonista le pregunta si se ha acostado con otra.

Y está llena de los detalles a los que el director nos ha acostumbrado. Por ejemplo, en *Gran Torino*, la abuela vietnamita escupiendo más largo y más oscuro que él. También en *Gran Torino* la aseveración de que los chicos van a la cárcel y las chicas a la universidad.

En *Más allá de la vida* hay una serie de secuencias que tienen lugar en una clase de cocina. En la primera, el profesor-cocinero pone a la gente por parejas. De repente, entra una mujer joven poco puntual; entre los hombres desaparejados hay un viejo y detrás el protagonista. El cocinero duda donde ponerla y el anciano piensa por un momento que lo aparejará con la joven; la cara que hace mientras lo piensa es sensacional, despampanante, irradia bienestar y alegría, una satisfacción absoluta un poco *naïf* le desborda las costuras (pone esa cara que mi madre, cuando la veía, por ejemplo, en mi padre, decía que «se le alegraban las pajaritas»).

La misma que ponen los señores de mediana edad hacia

arriba cuando alguna mañana hay una socorrista en vez de uno. Se creen con derecho, cuando acaban de nadar, o antes (o incluso sospecho, en lugar de), de sentarse a su lado y darle conversación con grandes aspavientos y simpatía. Incluso, a veces, la socorrista, resignada, tiene que cerrar el libro que se ha llevado para ir leyendo mientras vigila. He hablado de ello en alguna otra ocasión.

La cara que hace el viejo de *Más allá de la vida* cuando lo empareja con una mujer más o menos de su edad también es notable.

Clint Eastwood, sin perdón.

29-30 de enero de 2011

## 80

Vale que Saura, el dirigente de Iniciativa, era especialmente irritante cuando con la vida perfectamente solucionada y con una sonrisa que evidenciaba más superioridad que satisfacción, tomaba una decisión política y a renglón seguido afirmaba, satisfecho, que se tenía que hacer pedagogía (se suponía que la administraba él).

Vale que no supo explicar que una prohibición no es ni un atentado a la libertad ni un insulto a la democracia. La civilización está repleta (de magníficas prohibiciones).

Vale que no supo qué hacer ante la reacción chulesca

(osaría decir que un punto machista en muchos casos) de «a mí no me tiene que decir nadie a qué velocidad debo ir» que tuvo una parte de la población.

Vale que gastaba una de las peores moralejas: la azucarada.

Vale.

Pero vergüenza y oprobio para CiU que tras llenarse la boca con la afirmación de que si ganaban las elecciones inmediatamente la suprimirían, va y el día D no lo aplica porque un anticiclón ocasiona que no se disperse la polución, en realidad provoca que haya mucha más.

O sea que es cierto que correr más poluciona más.

También, aunque lo silencien escrupulosamente, ocasiona que se gaste más gasolina.

Qué asco.

7 de febrero de 2011

## **Antes de los 7**

La próxima semana Toni, un buen chaval, despierto, simpático y encantador, cumplirá siete años. Es tan y tan precioso que, cuando era un poco más pequeño, el primer día que encendieron la chimenea, embelesado, fascinado y abducido por las llamas, exclamó con entusiasmo: «¡Esto es mucho mejor que una tele!».

Hacía tiempo que no lo veía; va creciendo en edad y sabiduría. Y en más cosas. Ayer, cuando su madre le decía que a la fiesta de cumpleaños podrían invitar a toda la clase, se descolgó diciendo que a las niñas, no, que a las niñas no las quería invitar.

No tal o cual niña, no. Todas las niñas. No es una cuestión personal o de elección, es una cuestión genérica: por el simple hecho de ser niñas, de ser mujeres.

No quiso decir por qué. Supongo que es difícil de decir, incluso es difícil saber por qué.

A algún niño, o a algunos niños, de la clase, un hermano mayor, un primo, un padre o un tío especialmente simple le ha dicho que las niñas son horribles (o tontas), se va propagando el runrún y los niños empiezan a crecer contra las niñas, se hacen, contra las niñas, contra todas las niñas independientemente de cómo sean; como un solo hombre. (A la transmisión oral hay que añadirle, claro está, los cómics —no hay más que dar una ojeada a un Tintín, a un libro de los Pitufos...—, muchos de los cuentos que leen, la mayor parte de los juegos de ordenador, la tele, etc., etc.)

Hay niños que posiblemente no tienen nada contra las niñas, pero se guardarán como de escaldarse, de decirlo: les haría automáticamente sospechosos a los ojos del resto de los niños, del «grupo», cosa que no se pueden permitir. Los convertiría en traidores. Como si lo necesitaran para ser ellos, para ser machos. Para acabarlo de arreglar, cuando un niño muestra este rechazo hacia las niñas, he oído en alguna ocasión que le dicen que no se preocupe, que ya le gustarán. Es decir, que cuando descubra para qué sirven las niñas (las mujeres) ya le gustarán.

Conozco a niñas que no les gusta tal o cual niño, pero

no «los niños».

Las niñas lo saben, conocen perfectamente este rechazo global y corporativo de los niños.

Y sobre esta herida, esta doble lacra, los niños hacen y se hacen y las niñas conforman su personalidad. («No saben cómo tienen que pagar la deuda que nunca prometieron».)

Las niñas parten con este estigma, con este *handicap*: tendrán que ir demostrando a lo largo de su vida, que a pesar de serlo, no están tan tan mal, no son tan defectuosas de serie. (Es como si en una carrera los niños partieran de una línea y las niñas de una línea bastantes metros atrás.) Ay, pobres de ellas, además, si en algún momento quieren ser niñas, adolescentes, jóvenes, de otra manera y no como se espera que sean las niñas, las mujeres (por mucho que se las critique por tener estas características, rasgos tan femeninos).

¿Qué repercusiones tiene en la formación de la personalidad de unas y otros este rechazo, este desprecio, esta desvalorización?

Me fui a casa triste.

Que Toni sea un buenísimo chaval, despierto, simpático y encantador; que lo primero que diga cuando se pone al teléfono sea: «¿Cuándo vendrás?» (su hermano, el pequeño y descomunal pelirrojo, Ferran, desde hace un tiempo se ha apuntado a la misma petición); que prefiera el baile de las llamas, el crepitar del fuego, el perfume de la leña de encina, a la monótona pantalla de una tele, no hacía más que ahondar la tristeza.

10 de marzo de 2011



## Hacerse vieja

Hacerse vieja es que la ley de la gravedad te afecte más que antes: a la hora de subir a un banquito, pongamos por caso, o de subir un escalón alto.

Hacerse vieja es olvidarte algo cuando sales de casa si a última hora has pensado que te habías de llevar otra. (Y no digamos si te has de llevar cuatro o cinco; por esta razón, ahora, cuando hago la maleta, a la que se me ocurre algo, lo cojo y lo aparto ya.)

Hacerse vieja es olvidar lo que ibas a escribir en tercer lugar.

Hacerse vieja es estar mucho más cerca de la tierra.

Hacerse vieja es tener una facilidad portentosa para caer, a plomo (y que la caída tenga consecuencias, claro).

Hacerse vieja es recordar con pena la rapidez con que te venía a la lengua el nombre de aquella actriz, de aquel actor, de aquella directora, cuando estás hablando de cine con alguien. O recordar con añoranza cuando hablabas seguido, seguido.

Hacerse vieja es no recordar inmediatamente el nombre de la película que hace tres días (o el día antes) has visto. Y tener que hacer todo un ejercicio para recordarla.

Hacerse vieja es el dolor que tienes todavía de vez en cuando en la rodilla aunque hace ya más de seis meses de la caída que —sin ser grave— te dejó un montón de días muy baldada.

Hacerse vieja es estar rodeada cada vez más de amigas, de conocidos, con distintos achaques de diferente grado de

gravedad.

Hacerse vieja es preferir comer en casa con la excusa de que ya tienes la comida pensada y decidida que dejarlo todo y salir corriendo para ir a comer con alguien de manera improvisada e imprevista.

Hacerse vieja es un interés creciente en la observancia de la obra pública, de las obras en general.

Hacerse vieja es todo el montón de manías sobre cada cosa posible. La facilidad para la rutina.

Hacerse vieja es sentir todos los huesos cuando te levantas del suelo si te has sentado o acostado, por ejemplo, para jugar con alguna criatura.

Hacerse vieja es constatar, como casi sin ser consciente de ello, el cacharro de cera hirviendo para depilarte el bigote, ahora, en vez de llevarlo con dos agarradores con riesgo de quemarte la yema de los dedos y en equilibrio inestable, lo trasladadas en un plato hasta el lugar del crimen. (Sí, aunque parezca mentira, de vez en cuando me depilo, con poco éxito: en esta guerra, sólo aspiro a ganar, ya no una batalla, sino alguna escaramuza parcial por insatisfactoria que sea.)

Hacerse vieja es cambiar la sesión de la noche del cine, por la de las 8. (Y al paso que vamos, pronto será la de las 6 o la de las 4.)

Hacerse vieja es la lentitud de las manos.

Hacerse vieja es desviarse un tanto para ir por el vado o por una rampita para no tener que subir el escalón en que se ha convertido la acera. Cuando, para ello, decida desviarme mucho de mi camino querrá decir que ya lo soy del todo.

Y, claro, las manchas en la cara y en las manos.

10-17 de marzo / 5 de diciembre de 2011

# Japón

Catástrofe en Japón, supongo que con precedentes a lo largo de la geografía y de la historia aunque se diga que no. Me refiero a terremoto y tsunami.

Doble hecatombe. Porque sin solución de continuidad ha habido, digámoslo de una manera suave, los accidentes de los cuatro reactores de la central nuclear de Fukushima.

Se hablará mucho de ello y con más conocimiento de causa del que yo tengo.

Ahora bien, algunas de las maneras como se aborda la cuestión son alarmantes.

Hay quien sigue diciendo que la nuclear es una energía limpia y segura.

La gente partidaria de la energía nuclear se desgañita diciendo que no se pueden tomar decisiones en caliente (como la cosa continúe así será la única posibilidad que tendrá la humanidad de decidir sobre cualquier cosa); también, sorprendentemente, dicen que es el primer accidente que ha habido. Se ve que no recuerdan ni Cadarache, ni Sellafield, ni Tokaimura, ni Three Mile Island, ni Kyshtyn..., tampoco recuerdan aquello que bautizan como «anomalías». Chernóbil, no cuenta tampoco. Para más inri, simulan que no se lo podían esperar en absoluto.

Recuerdan aquellas criaturas que cuando juegan al parchís o a la oca y el dado cae de una manera que no les gusta alegan que tienen que volver a tirar porque el dado ha caído fuera del tablero... Lamentable.

Pero lo más preocupante es que calumnian a la gente

que se opone, al ecologismo, acusándolos y diciendo que ahora aprovecharán la situación para radicalizar sus posiciones en vez de abrir un debate «sereno y ordenado» y supongo que «frío». Es decir, una vez más cambian la carga de la prueba. Por cierto, al ecologismo, los medios de comunicación en general no le dan voz, mientras que los programas de TV y radio invitan a gente que trabaja en centrales para que se puedan desgañitar pregonando que son totalmente seguras y que decir lo contrario es, como mínimo, derrotista; nadie menciona que son arte y parte, o parte y magistratura.

Continúan hablando de limpieza, eficiencia, seguridad y economía.

Soy una ignorante total, pero me gustaría mucho que alguien me explicara cómo contabilizan la pérdida de una vida humana (o si lo hacen); en qué haber ponen el coste de la gestión de los residuos; cuánto costaría la central más segura (aun sabiendo que la seguridad absoluta, al menos en cuanto a nucleares, no existe) y si en este hipotético caso entonces sería rentable.

\* \* \*

Vengo de ver el documental *Inside Job* de Charles Ferguson, la película que ha ganado el Oscar a mejor documental. No es exactamente un filme, es más bien un libro parlante. Si eres psicóloga te lo debes pasar la mar de bien observando como miente a lo grande la gente involucrada en la gran estafa más que piramidal.

Me ha entristecido constatar que con las nucleares pasará lo mismo que con el desfalco financiero perpetrado a sangre fría por una delincuencia poderosísima y perfectamente

organizada: continuarán haciendo lo que les venga en gana.

La caradura que tienen negando lo que dijeron y lo que hicieron. En este momento, mandan y tienen más poder que nunca.

Pero lo que más pavor da es ver cómo en plena crisis mentían sin parpadear e intentaban hacer pasar gato por liebre. Al igual que la gente que habla sobre la seguridad y eficiencia de las nucleares.

17-19 de marzo / 2 de abril de 201x

## Ídolas

Esta Semana Santa, volviendo del sur, pasamos por Madrid para ver la exposición *Heroínas*, situada a caballo de la Thyssen y la Casa de las alhajas, junto a las Descalzas.

En la Casa de las alhajas hay muchas joyas. Dejando aparte la curiosa selección de lectoras y místicas, como la sección pintoras son autorretratos, hay una obra femenina extraordinaria sin mácula. Para echarse a llorar de emoción. Están muchos de los buenos, desde los de Krasner a Carriera, desde los de Kauffmann a Khalo, desde los de Gentileschi a Anguissola, pasando por Vigée-Lebrun. (Tantos recuerdos de tantos viajes en buena compañía.) Están en la última sala.

Las Juana de Arco las tienen alegremente repartidas entre las mártires de esta misma sede y las acorazadas del

museo Thyssen. La primera sala del museo se llama «Solas»; seguramente si la exposición estuviera dedicada a los hombres las cartelas especificarían cosas como «Hombre pensando», «Hombre leyendo», «Hombre descansando»...; para ellas el tópico más incierto, el estereotipo más sobado.

En la siguiente, «Cariátides», en vez de mujeres inmóviles y aguantando peso, activas y capaces trabajadoras del campo. Se ve que el título es una pura metáfora.

También hay secciones de ménades o de amazonas. En fin, está representada toda la efervescencia de la fantasía masculina.

Aunque en todas las secciones hay obras extraordinarias, incluso me parece recordar que en todas hay obras femeninas, a veces en solitario, a pesar de haber disfrutado de tanta obra magna, no puedes dejar de pensar que qué otra magnífica oportunidad perdida.

29 de abril de 2011

## **Antinomismo**

Entre mayo y abril (me parece que en dieciocho días), el Barça y el Madrid tuvieron una maratón —o un vía crucis, depende de cómo y de quién lo mire— de cuatro partidos. Jugar, jugar, es otra cosa.

El ambiente, no por casualidad, se fue haciendo

progresivamente irrespirable y violento. Durante todo el campeonato el entrenador del Madrid, Mourinho, se dedicó — es un experto: parece salido de las verdosas páginas de un Asterix— a sembrar la cizaña y la calumnia y la insidia, el malestar.

Guardiola, el del Barça, el chico de la casa, fue aguantando estoicamente, con gran elegancia y con exquisita deportividad todos los chubascos y las granizadas, no sin que su físico, pelo y gestualidad fuera acusando los estragos a ojos vista. Durante toda la temporada, cuando le espoleaban y le incitaban a entrar en el juego sucio, preguntaba si el otro había dicho su nombre, si lo había citado explícitamente. Le decían que no, y entonces él callaba y sonreía.

Pero llegó un día, antes de uno de los partidos más importantes, que el otro en una rueda de prensa lo citó, habló (digamos) de él directamente. Lo intentó ridiculizar.

¿Qué haría nuestro héroe? ¿Se mantendría en su línea de magnífica corrección y extremo temple?

El resultado fue francamente espectacular. De su discurso, se puede analizar el texto, el contexto, el metatexto... Todo.

Hay gente —la mayor parte de la prensa así lo entendió— que dijo que había perdido el control, que ya no podía más, que había «explotado» (éste fue el término más prodigado).

De ninguna de las maneras. Perfectamente pensado y ponderado.

Desde el centro del corazón, de la caverna, de la madriguera del terreno enemigo, desde la sala de prensa blanca, sin que nadie se lo preguntara, dijo lo que todo el mundo puede consultar en las hemerotecas. Ante todo, buscó los ojos, el cuerpo, del otro, pidió cuál era la cámara de Mourinho, la

miró desafiante y sin parpadear: «aquí estoy», «hasta aquí hemos llegado». Sin solución de continuidad, prolongando la mirada, soltó que en esa sala mandaba el otro, que el otro allí era el «puto jefe», «el puto amo» (y ya no tuvo que añadir «el puto cabrón», lo dejó a potestad del público).

De ello se puede concluir que quizás hay algún otro lugar donde el otro no manda (¿el terreno de juego?). (Maestro de los mensajes encriptados, al final del siguiente partido, en la ida de la semifinal de la *Champions*, en los últimos minutos del *matx* hizo saltar al campo a Sergi Roberto, otro chaval de la cantera, de una cantera que Mourinho no tiene. En la rueda de prensa posterior a la final de la *Champions* elogió el estado del terreno y la longitud del césped. También en esta final, pudo a jugar a Afellay los últimos minutos; si yo fuera Bojan, hubiera empezado a temblar.)

Volvamos, sin embargo, a la rueda de prensa que nos ocupaba. Tampoco parece casual que hablara del «amo» (hace tiempo que se conocen: Mourinho durante un tiempo fue traductor en Barça; de hecho, Guardiola le reprochó creerse a otros antes que a él).

(Ni que decir, que la palabra «puto» es eminentemente e inmensamente sexista, me chirrió en los oídos, pero así fue. En realidad, no tenía ninguna necesidad, quizás le habría todavía dado más fuerza y razones no decirla. Una mancha en un discurso tan irreprochable. Como necia fue la lluvia de besados pimientos con que los jugadores y el club halagaron a la afición para celebrar la Liga. Especialmente fuera de lugar en un equipo que practica un fútbol tan femenino y exquisito, plétórico de finura, sutilidad y armonía, casi un ballet; alejado del patadón y adelante y la fuerza bruta que muestran otros equipos. Quizás ésta sea una de las razones por las que atrae a



tantas mujeres y aburre a algunos hombres.)

A renglón seguido dijo que, con respecto a la *Champions* de las declaraciones, él, Guardiola, reconocía que no tenía nada que rascar, que el otro ya la había ganado con creces, que se la llevara a casa y la disfrutara. Que él en ésta no pensaba jugar. Como sofisma es inmejorable, es todo un maestro: estaba haciendo, claro está, lo contrario —no es por azar ni tampoco impostura que hay quien para atacarlo, lo tilda de filósofo—. De paso, preparaba el terreno para no verse en la necesidad de tener que volver a hacer una declaración similar, o quizás de no tener que hacerla en mucho tiempo.

Finamente, fue soltando y destilando otras finuras. Me parece que fue en esta misma rueda de prensa que dijo que del otro, en el campo, aprendía cosas; fuera del terreno de juego, nada de nada.

Tuvo algún detalle de lengua que me entusiasmó. Dijo que, como el otro lo había tuteado, él también lo haría y se dirigió a él llamándole José, por el nombre y no por el apellido. Está claro que el otro no lo había tuteado, dado que, para que alguien te tutee, tiene que estar hablando directamente contigo, pero lo que sí es cierto es que utilizó una estrategia equivalente, muy similar: llamarlo con el diminutivo «Pep». Es decir, lo minimizó de una forma paralela, no marcó la distancia respetuosa que implica usar el nombre y el apellido, o el apellido. En definitiva, otra versión del tuteo.

¿Qué se ha creído, éste? ¿Qué derecho tiene a llamarme con el nombre de pila, el nombre con que lo hace la gente cercana, la gente que me quiere, o que al menos me respeta?

(Las mujeres en general somos especialistas en saber qué quieren decir, qué implican, estos modos de denominarnos, este tipo de trato; las feministas, a analizarlos. Hay amplia

doctrina y bibliografía.)

Cuando llegó al hotel, los jugadores lo esperaban entusiasmados y le dedicaron una ovación cerrada. El siguiente partido —que se jugaba en el campo de la fiera—, lo ganaron 0-2.

Durante la rueda de prensa, sólo perdió quizás el oremus cuando habló de los campanarios de su país tan pequeño, y de sobreponerse a circunstancias adversas. Quizás.

\* \* \*

Madrid. El mal perder del Madrid. Un caso claro de antinomismo. Es esta una secta que se caracteriza por creer que si estás segura de tu salvación, por despreciable que sean tus acciones y tu vida, te salvarás. Es decir, el antinomismo parte de la base de que la justificación por la fe libera de la necesidad de hacer buenas obras: te salvas por la fe. Simplemente te lo mereces porque tener fe te convierte en una de las elegidas.

Da toda la sensación de que esto es lo que le pasa al Madrid. Desde que pierde (y seguramente también cuando ganaba hegemónicamente), su comportamiento, reacciones y actitudes parecen responder a la firme e inmovible convicción de que los títulos se le deben porque es el elegido, como si le pertenecieran por definición y antonomasia, al margen de cómo juegue o deje de jugar. Incluso en alguna ocasión se les escapa que, de acuerdo, que a veces puede tolerarse que el Barça gané de vez en cuando algún título (a poder ser de segundo orden como por ejemplo la Copa del Rey) pero que lo normal y lógico es que los ganen ellos.

(Me recuerda aquella actitud que se da alguna vez en centros de enseñanza cuando, por ejemplo, se dice que una asignatura como Educación de la afectividad o Educación para

la supervivencia —es el pomposo nombre que se da a una materia que les enseña en realidad, ni más ni menos, que a cuidar de sus necesidades cotidianas— no es necesario volverla a impartir porque ya se dio el año anterior. ¿Se plantea esto alguna vez con la lengua o las matemáticas...?, y ¿qué pasaría, por ejemplo, con la gente que aún no la ha cursado si se dejara de impartir?)

Volviendo al Barça y, sobre todo, al Madrid. Desde que no gana, parece que piensen que tienen derecho a todo para conseguirlo (tanto fuera como dentro del campo) y actúen en consecuencia. Todo vale. Incluso justifica el entrenador que tienen, que parece tener barra libre.

Quizá por eso Aznar podía hacer y hacía gala del madridismo más rancio, casposo y provinciano y lo paseaba ufano por los campos y por donde fuera necesario como si serlo fuera la única opción normal, como si fuera la central (de ahí al «centralismo» hay poco trecho), mientras el confeso culé Rodríguez Zapatero disimula su barcelonismo, como si fuera excéntrico, como si fuera una lacra, como si le diera un poco de vergüenza. Sobre todo, como si fuera un exponente de parcialidad. Es decir, el Madrid representaría eso que llaman España, y el Barça otro país, o un trocito.

\* \* \*

Antinomismo que unge a determinadas formaciones políticas (y medios de comunicación adláteres) que van desde la derecha a la extrema derecha. En efecto, es perfectamente trasladable a como actúan, a su manera de hacer política.

Es difícilmente comprensible que, sin una dosis mayor

o menor de antinomismo (características propias aparte, entre las que no se descarta en muchos casos ser mala persona), Trillo siga en la política sin que se le caiga la cara de vergüenza, Mayor Oreja diga lo que diga sobre una cuestión tan delicada como el terrorismo y no se le desautorice nunca, Aznar se hinche a dar conferencias por el mundo diciendo lo que dice, o plante una bandera como un campo de coles en Colón, Aguirre se pasee por el poder del modo que lo hace, Camps no dimita y suelte los discursos que larga.

\* \* \*

Acabaré con fútbol y lengua como he empezado.

En muchas retransmisiones deportivas, incluidos partidos de fútbol, se habla de algo que suena algo así como «lacasta».

No se usa nunca, por ejemplo, para adjetivar cualquiera de las esforzadas y meritorias actuaciones de una nadadora como Amengual, pero, en cambio, sí para definir la actitud de la excelencia del tenis de Nadal (sospecho que es la cara amable y honesta de la casta).

Esta característica, «la casta», no se atribuye nunca al Barça (ni ahora ni nunca, ni siquiera cuando jugaba Stoichkov), ni siquiera al cabezazo, no por lejano menos furioso, de Puyol que posibilitó que la selección estatal pasara a la final del Mundial de 2010; en cambio, sí que se usa muchas veces para caracterizar al Madrid, juegue quien juegue (sobre todo cuando empieza a repartir estopa). A veces se usa también para equipos del norte como el Bilbao o la Real Sociedad.

Por lo que he podido ir viendo sustituye y es sinónimo de lo que, durante el franquismo, llenaba la boca de algún

comentarista deportivo: «la raza», término que, no por casualidad, ha pasado a mejor vida.

También podría suplir quizás al término «virilidad», y esto ayudaría a comprender —que no justificar— los rojos y tersos pimientos sacados de cajas azules que repartió el Barça.

16-18 de mayo / 6 de junio de 2011

## La política

Islandia, la ciudadanía, someterá a juicio a su ex primer ministro, el conservador Geir H. Haarde, por los posibles crímenes y negligencias que cometió durante la estafa bancaria (y por una más que probable connivencia con la banca, supongo).

Una de las reacciones más espectaculares que ha tenido el político para defenderse es la de intentar desprestigiar el futuro juicio tildándolo de «político». ¡Ah, claro que sí! ¡y qué se piensa, pues!

Esta salida de tono, este mear fuera de tiesto, explica más que mil palabras, que mil artículos, el descrédito de la política. Si quien se dedica a ella tiene esa mala opinión, ¿cuál ha de tener la gente de la calle?

8-9 de junio de 2011

## Barreras

Desde hace ya un tiempo el Ayuntamiento de Barcelona está poniendo un sinfín de vallas para impedir el paso por los sitios donde pasaba (y procura pasar) la gente de manera «natural».

Se ve que dedicaron a observar los atajos que la ciudadanía tomaba para, a continuación, obstruirlos. Para que se entienda, pondré algún ejemplo: en la calle Mallorca esquina paseo de Gràcia (lado Llobregat; en el otro me parece que también pero no me acuerdo bien), han puesto unas vallas metálicas (de mucho diseño) en el bordillo, justo a partir del paso de peatones y hasta la esquina (lado mar; quizá en el lado montaña también han colocado alguna). Debían comprobar que la gente en vez de ir bien recta y derecha, hacía una pequeña diagonal para atajar. Resultado: cierre. (Por cierto, una de las que colocaron en este mismo cruce ha desaparecido. Alguien la ha hecho desaparecer, tan sólo queda, patético, uno de los laterales que la sujetaban al suelo.)

La consecuencia más inmediata es que ahora mucha gente hace una diagonal bastante más acentuada y peligrosa para pasar la calle, dado que ahora la desviación también debe abarcar el trozo que la valla le impide subirse a la acera.

Llegará un día en que los ayuntamientos se dedicarán a observar amorosamente por donde pasa la gente para colocar, justamente allí, primorosos pasos.

8-9 de junio de 2011

## ¿Realismo(s)?

En el MNAC.

Una exposición, dicen, dedicada a la huella de Courbet. También, por lo que vi, destinada a mostrar la influencia de más y más artistas masculinos. Huella e influencia sobre otros, una vez más, artistas masculinos.

En la primera sala, autorretratos, no hay ni uno que provenga de mano de una artista. Realismos masculinos, pues. En la segunda, alguna parienta (muy pocas). La tercera se llamaba «Transgresiones», en realidad, debería haberse titulado «Pornografía». En ésta, sí —estaba repleta de culos y tetas—, muchos objetos, es decir, muchas modelos (pero ni una artista).

Hacia el final de la exposición, en la última sala, entre la modernidad más moderna, son también todos hombres. Al final del final, el *Origen del mundo* —que tanto deleitó a algunos hombres, entre ellos, Lacan— fotografiado desde todos los ángulos y ampliado para que el público no se pierda detalle alguno. Un hermoso coño; un simple chocho.

¿Por qué no la han titulado (si es que querían evitar a toda costa la palabra «fantasía») ¿*Realismo(s) masculinos?*

Julio 2011

## Los mercados y las materias primas

En el Pirineo.

No en la masificada y suburbial Cerdanya. No en los caminos rebosantes de gente de, por ejemplo, Maranges, no.

Peñas arriba de Sort y de Rialp. En pueblos que terminan en un curioso «ui» (que vete a saber qué quiere decir), aldeuelas con pendientes esforzadas y rigurosas que cuando llueve son ríos.

Días llenos de sol y también de nubes juguetonas, del ruido ensordecedor de los torrentes después de la tormenta, de atajos y barrancos. Y también, sí, de frambuesas y de fresas. De olor a río, del hermoso color del miosotis y el orégano, de las clavellinas de mi infancia.

Horizontes lejanos.

Sábado, comida de fiesta mayor. El tiempo fue clemente, una tregua de sol y brisa fina.

Como sobra un dinerillo, se decide prolongarlo con una cena. Un destacamento va a buscar jamones y *xoliç*.

En una larga mesa central se coloca el pan, el tomate, el aceite, queso, jamón y *xoliç*, con la finalidad de que la gente se acerque, elabore su pan con tomate, coja el jamón, y etc., que le venga en gana y vuelva a su mesa a comérselo. Pasada la primera aglomeración, la mesa queda vacía.

Al cabo de un rato me acerco. Encima de la mesa comunitaria de hacerse el pan con tomate, una pobre, sucia, triste, desdichada rebanada de pan, cáscaras de tomate, migajas.

En la mesa particular que hay al lado —no es precisamente ni la de la gente más joven, ni la de las personas



más mayores—; hay, no, no «hay», más bien «tienen», «poseen», «acaparan», dos platos rebosantes y pletóricos de pan, rojos tomates enteros, la aceitera más colmada, víveres en abundancia que seguramente no se podrán terminar.

Y en esas estamos.

11-12 de agosto de 2011

## Escudos humanos

Reunión del profesorado de lenguas correspondiente para decidir qué chicos y chicas van a diversidad (eufemismo que incluye a quienes por una u otra razón, y suelen ser muy diversas, no tiran para delante). El grupo no está específicamente pensado para gente conflictiva, se determina en razón de las aptitudes y el nivel de conocimientos.

Como casi siempre, van al grupo muchos chicos. De pronto, un profesor dice que cuidado, que vigilemos porque casi todos son chicos, que por qué no ponemos alguna chica... Es decir, se ve que sería interesante incluir alguna chica, no por sus aptitudes o conocimientos, ni tan solamente para dar una nota de color, sino por su sexo, para apaciguar el curso. Ay.

La cosa no resiste la más mínima prueba de la inversión: me puedo imaginar el escándalo que se produciría si se enviara a un chico o a unos chicos a un grupo de diversidad simplemente para compensar en algún grado el número de

chicas, es decir, que se les enviara por esto (para compensar, hacer un servicio a las chicas) y no por sus aptitudes y / o conocimientos. En efecto, en los grupos donde sólo hay chicos las clases son más difíciles de dar (al revés no suele pasar).

Me retrotrae a un instituto donde muchos años ha daba clase en nocturno. Había una clase masculina insoportable. Siento decirlo y quizás está mal hacerlo, pero es que lo más fino que se les ocurría era organizar concursos de tirarse pedos y eructos. Lamentable.

El jefe de estudios, un hombre tan sensato como el profesor que antes he mencionado, propuso trasvasar allí unas cuantas chicas.

Las chicas como escudos humanos para pacificar un grupo, para facilitarnos el trabajo. Un poco fuerte, ¿verdad?

18 de septiembre de 2011

## **El descrédito de la política**

Un auténtico fracaso.

Uno de los detalles que mejor metaforizan y dan cuenta de ello no son, aunque parezca mentira, estas votaciones corporativas y gregarias de cada partido como un hombre solo (en este caso, incluiré a un puñado de mujeres). Manera de proceder desenmascarada por otros parlamentos, por ejemplo, hace pocos días, el Parlamento alemán cuando se votaba alguna

cuestión referente al dinero del «rescate» de Grecia. De hecho, Merkel ganó gracias a votos ajenos —hubo momentos que la cancillera no las tenía todas consigo—. (Puede ser muy instructivo en este sentido ir al cine a ver la película *Lincoln*.) No pasó nada y a nadie se le ocurrió que la disidencia, que la disconformidad, era poco leal o infiel, todo el mundo entendía que era simple expresión de unas ideas, de unas convicciones. Aquí, tal como van las cosas, no sería necesario que hubiera tantos diputados y diputadas: con uno o una que votara por el número de escaños que han obtenido en las elecciones tendríamos más que suficiente, todo eso que nos ahorraríamos.

(En algunos países, los padres tienen el voto que les corresponde y el de sus hijas; o sea que si, pongamos por caso, un padre tiene seis hijas, tiene siete votos, el sistema, pues, es muy parecido. El PSOE llega al paroxismo —o al colapso— y, en un ejercicio militante de insensatez delirante, prefiere asegurarse férreamente la gris y embrutecedora uniformidad de voto que tener una voz más en el Parlamento; renuncia, pues, al altavoz que tendría si el PSC tuviera grupo propio.)

A pesar de ser ejemplos espeluznantes, creo que hay uno que ilustra aún mejor el desprestigio y el descrédito total de la política (como se puede comprobar en su trabajo diario, buen ejemplo, por otra parte, para escuelas e institutos).

Es esta mano alzada y solitaria de una o de un miembro de cada partido, que con uno, dos o tres dedos marca, ordena, fija, lo que tiene que votar el resto con inexorable ceguera. No porque no se fíen de su voto —es de suponer, tal como van las cosas—, sino porque no tienen ni un ápice de confianza en que el resto de los propios y propias parlamentarias de su partido, de cuerpo presente en la sesión, escuchen, entiendan y estén pendientes de lo que se está discutiendo en ese momento.

Nada que celebrar.

12 de octubre de 2011

## **Te has ido dulcemente con una ola**

Mi hermano ha muerto. L'Emili ha muerto. Y ni escribiendo esta enormidad, me hago a la idea, me puedo hacer cargo de su muerte.

Se ha levantado, ha ido a trabajar, ha comido y se ha ido al mar, a su mar, a navegar, a deslizarse, a correr una modesta regata, la última. No volverá nunca más a casa.

Le han visto caer del velero. Le han sacado del agua. Seguramente un ataque al corazón, ya no volverá nunca más a casa.

La mar, su amiga, su cómplice, se ha llevado su secreto para siempre, el alma. Una mar dispuesta a acogerlo en su seno como una madre; en las más ignotas profundidades de azules y verdes.

Se ha ido dulcemente con las olas.

Esta noche, la tendré que pasar como sea. La tendré que dormir como pueda.

El drama, ya lo sé, es su muerte, su inexorable ausencia de este mundo para siempre jamás, no lo que me pasa a mí, pero es amargo todo lo que muere en mí con la muerte de él. Mi infancia, el colega de la adolescencia. Esta infancia que ya

no hay otros ojos que hayan visto, otras orejas que hayan oído sus voces; en definitiva, que la puedan recordar.

Esta noche, más huérfana que nunca. Por todos lados. Más sola y dejada de todas las manos que nunca.

Qué lejos queda la semana y todas sus pequeñeces y minucias. El concierto del domingo y la visita a la exposición.

Un lunes lleno de trabajo y, de rebote, de frenética corrección del *Manual*.

Un martes de nadar y de más *Manual*, de instituto y de dentista.

Un miércoles festivo y soleado, con más *Manual*. Qué lejos la exposición de Àngels Ribé en el MACBA; pese a ser tan bonita y tan inteligente.

Qué distante la tristeza de la peli iraní que fui a ver por la tarde (*Son of Babylon*). El drama de tantas muertes absurdas en la guerra que ahora me parecen distantes e irreales.

Un jueves con más instituto. Corrigiendo sin cesar el *Manual*. Qué tonto, qué vano, esforzarse por mejorarlo.

Qué triviales los pequeños disgustos del instituto, las preocupaciones de cada clase. Qué intrascendente e irreal la reunión de esta tarde en el Consejo de la lengua.

Qué potente y aniquiladora, abrumadora, la muerte, qué profunda la mar.

Viernes, 14 de octubre de 2011

\* \* \*

En el AVE hacia Madrid, y l'Emili siempre en la cabeza, siempre presente.

Pasan los días y es como si tuviera dos vidas. La

cotidiana, la de comer y dormir (poco), comprar, ir al instituto, hacer las clases, hablar con gente; y la otra, la compañía de l'Emili, la infancia compartida, los días de Aiguafreda, y, sobre todo, los de la Molina; el paraíso perdido de la infancia.

Jamás me haré totalmente a la idea de que ya no está aquí. No me entra en la cabeza que no salga el sol para él; que su vida no se acompañe —como todas las de quienes vivimos— al ritmo de prometedoras y jóvenes primaveras, de rutilantes veranos en calma, de recogidos y dorados otoños, del frío vivo del invierno. Y, sobre todo, la mayor injusticia: que el mar sigue siendo tan bello como siempre, que las olas no hayan dejado ni un momento de acunar el agua.

Él, que se fue dulcemente con una ola.

Y qué solas se quedan las vivas.

\* \* \*

Madrid. Llovizna, en un día adecuadísimo de gris otoño. Paseo. Voy al Prado. Una buena visita. Lo disfruto a pesar de todo, qué cosa más bestia. Deambulo algo autista entre cuadros y salas. Y, casualidad o no, al azar, voy tropezando con todos los cuadros que me parecía que quería ver.

De pronto, casi todos, sean ángeles o trompetas, ocres o negros, caballos o reinas, por una razón u otra, me recuerdan, me hablan, de l'Emili. De pronto, sin previo aviso, el Cristo muerto sostenido por un ángel pelirrojo de Antonello de Messina —quizás por la barba arranada— me sacude profundamente, me conmueve hasta la médula. Lágrimas anónimas perdida en una sala inmensa.

Domingo, 23 de octubre de 2011

\* \* \*

En casa; en el ordenador, veo un e-mail del administrador de la finca. Ya no se lo envía a l'Emili. Ha borrado su e-mail para siempre, lo ha eliminado, y ha hecho bien: ya no está. Otra cruel, diminuta, constatación de una pérdida que es definitiva.

Jueves, 27 de octubre de 2011

\* \* \*

(Hace días que lo empecé a escribir en un papelucho.)

Lo último que hice con Emili fue ir a buscar frambuesas. Dos días antes, habíamos ido a buscar fresas. Contento y ufano, consideraba que había recolectado más que nadie. Más lejos que el resto sí había ido.

El día de las frambuesas fue el día de la Virgen de agosto, el 15, en Seurí. Me parece que el lugar se llamaba les Lloses de Llessuí. A media mañana, interrumpió el barnizado de los postigos (¿quién lo hará ahora?) y cogimos el jeep montaña arriba.

Por el camino, de vez en cuando nos deteníamos y me explicaba, entusiasta, caminos y cosechas. Historias de gente que coge setas o caza jabalíes y, así, puede ir tirando. Pequeñas vidas.

Llegamos al lugar. Nos separamos, con sendos botes en las manos; tan mayores y tan criaturas. El día era gris y apacible, tranquilo. No había nadie. En solitario, depredábamos los márgenes del camino; es una de las actividades que más nos gustaba practicar ya en los agostos de la infancia en la Molina;

por ejemplo, en el camino de Saltega. De vez en cuando, si levantaba la cabeza, lo veía, cincuenta, cien metros más allá, dedicado en cuerpo y alma a la frambuesa. Cogimos en abundancia.

Aquella tarde, después de un excelente almuerzo familiar, bajé a Barcelona. Se empeñó, se empeñaron, que tenía que llevármelas. Estuve varios días disfrutándolas.

(La anterior vez que había cogido frambuesas fue en la Molina, el último verano que fui con mi padre, el último verano que le llevé allí. Cogí muchas, en una torrentera cerca del Roc Blanc. Cuando llegué a Barcelona, pasé a ver a mi tía Roser, la hermana de mi madre, y se me ocurrió explicarle que había ido a recoger frambuesas y le puse una en la boca. Fue la última vez que le vi brillo, expresión y vida en los ojos, incluso un punto de alegría (¿qué le debería pasar por la cabeza?). Como estaba cenando, se las fui dando todas: abría la boca de par en par con anhelo y deseo, y se les comía con sumo gusto. Otra historia.)

A pesar de que las montañas no se mueven como el mar, a l'Emili, también le ensanchaban el corazón. Cuando bajábamos, de poco nos despeñamos. Pletórico de energía y entusiasmo, no cesaba de enseñarme caminos y posibles excursiones, de explicar dónde estaba el vertedero silvestre donde habían encontrado la cabecera de la cama (en realidad, los pies) que tienen en Seurí; contento y satisfecho cuando yo atinaba y sabía distinguir el camino de que me hablaba, entender a cuál de las sierras se refería, de qué árboles o de qué campos hablaba.

Desde lejos, me enseñó una madriguera secreta de setas, de *rossinyols*; generosa y fértil, habían podido coger muchos a principios de verano, cuando habían ido a enterrar en



la paz de la ermita, junto a su casa, las cenizas de un joven sobrino. El sobrino a quien tanto cuidó, de quien hablaba con tanto amor, respeto y consideración. El día del entierro de l'Emili, otra tía recordaba emocionada estos mismos *rossinyols*.  
El bosquecillo, el camino.

\* \* \*

(Otro papel arrugado.)

Otra de las cuñadas (a quien l'Emili había hecho hermanas), el día del entierro dijo unas palabras muy sentidas y bonitas para recordarlo y despedirse.

Entre otras cosas, se maravillaba de haber encontrado en él a un hombre sin vanidad; a su entender, casi un milagro.

L'Emili era muy hombre, tal cual; quizá por eso lucía barba.

L'Emili, inmensamente grande y fuerte. Las manos de l'Emili que lo podían arreglar todo. Ponían estantes, colgaban lámparas, torcían alambres como si fueran hilo de nailon. El doble que las mías, bien trabajadas, llenas de callos y de llagas. Descomunales.

Era muy hombre. Al máximo. Pero no era patriarcal, ni machista, por eso quizás su cuñada lo consideraba lo que en catalán se llama un *pare-pedaç* (parecido a «padrazo» pero pierde el toque maternal que tiene la expresión catalana).

Según dijo, un hombre sin vanidad.

En mi opinión, un hombre que no hacía de la fuerza física, razón, mérito, ventaja, que no consideraba que la entereza fuera patrimonio sólo (de algunos) hombres. Que no se imponía. Lo recuerdo de pequeña, cuando ya era el forzado oficial, cuando ya podía romper —simplemente a base de

apretarlo— el aparato de medir la fuerza de las manos, de enviar con un soplido al quinto pino el émbolo de medir la capacidad pulmonar. L'Emili tímido, l'Emili que se sonrojaba hasta la raíz del cabello, a quien las orejas se le ponían incandescentes por cualquier cosa (por cierto, con los años, las orejas se le fueron haciendo proporcionales al cuerpo).

L'Emili que podía bailar las danzas rusas más extremas y durante el tiempo que quisiera, arrastrar los pesos más pesados, pero que en cambio, con una sonrisa, cuando le provocaban, repetía en broma aquella frase de «pa chulo, yo; pa pegarse, mi hermanita».

Quizá por eso, recuerdo tan bien que, dos días antes de su muerte, hablábamos por teléfono de algo de la casa, y antes de colgar, se despidió con un «como quieras, jefa».

Cuántas veces l'Emili diciendo a alguien «como quieras», «como tú quieras».

Martes, 1 de noviembre de 2011

\* \* \*

Hace unos pocos días se ha celebrado el Salón náutico. Inimaginable para mí que se pudiera celebrar como si tal cosa. Del mismo modo que se siguen innovando y vendiendo tabletas, iPad y iPod.

Domingo, 20 de noviembre de 2011

\* \* \*

Sant Nicolau, la fiesta de mi infancia, y l'Emili no está.

¿Con quién podré recordar el «*sant Nicolau obriu la portalada, sant Nicolau doneu-nos el cel blau*»? (san Nicolás abrid el portal, san Nicolás dadnos el cielo azul); ¿con quién compartir los «*si n'eren tres petits infants que varen anar a espigolar els camps*»? (eran tres pequeñas criaturas que fueron a espigar los campos).

Cada vez más puertas cerradas y menos nueces y mandarinas.

Martes, 6 de diciembre de 2011

## Tres premios Nobel, tres

Este año, el Comité Nobel del Parlamento noruego ha premiado a tres políticas (hay gente que lo dice de otro modo: que se lo han dado a «tres mujeres»).

A Johnson-Sirleaf por haber terminado el conflicto armado de Liberia. Aunque algunos periódicos dicen que una de las razones sea también porque fue la primera africana elegida presidenta democráticamente, ¿le hubieran dado el Nobel si no hubiera conseguido pacificar el país?

A la activista, también liberiana, Leymah Gbowee por la lucha no violenta en pro de la seguridad y el derecho de las mujeres a participar plenamente en la construcción de la paz, es decir, para luchar por los derechos humanos.

A Tawakkul Karman, política de Yemen, activista por los derechos humanos y líder de un grupo de periodistas por la libertad.

Las menciono consciente de lo fácil que es olvidarse del nombre de las mujeres. Con qué rapidez nos caen de la cabeza. Para evitar la desmemoria, pues.

Si no me equivoco, con las diez galardonadas anteriores, suman trece. Teniendo en cuenta que el premio se concede desde 1901—y aunque me parece que es la sección donde el porcentaje de mujeres que han ganado cualquiera de los Nobel es el más alto—, no es una cifra astronómica, no es ni tan sólo proporcionada o representativa (leer el nombre de algunos de los hombres a los que se ha concedido, produce sonrojo).

Ahora bien, uno de los principales problemas, en mi opinión, sobre todo es cómo las ha presentadas buena parte de la prensa.

Muchos titulares atribuían el premio a las mujeres: no a ellas tres, sino a las mujeres en general; decían que lo habían dado a las mujeres.

O sea, la finalización del conflicto armado en Liberia sólo beneficia a las mujeres. Es decir, la lucha no violenta por la seguridad y el derecho de las mujeres que participan en la construcción de la paz va sólo a favor de las mujeres. Por lo tanto, luchar por los derechos humanos y encabezar un grupo de profesionales que se esfuerza por la libertad de expresión es una dedicación que sólo afecta a las mujeres. Curiosa y sesgada manera de mirarlo. No vamos nada, pero que nada, bien. Es un ejemplo perfecto de androcentrismo que nos podríamos ahorrar perfectamente.

No me puedo imaginar a ningún periódico diciendo después de galardonar, por ejemplo, a Mandela (en este caso nadie dijo que lo daban a un «hombre») que este año el Nobel había ido a parar a los hombres.

31 de octubre de 2011

## Tarde de domingo

Este curso, vuelvo a estar en el instituto. Jornada completa.

Me pasa una cosa muy curiosa: es la primera vez en la vida que el domingo por la tarde no es un anticipo de la pena de volver a trabajar al día siguiente, lunes —o sea, la verdad del fin de semana—, aquel irse poniendo de malhumor, o angustiándose, un final desgraciadamente precipitado y avanzado del fin de semana, un decir adiós prematuramente al ocio y al descanso.

Como ocurre con respecto al resto de sentimientos, no lo he decidido: lo sientes o no lo sientes, te pasa o no te pasa. Este curso —el treinta y uno que trabajo—, me pasa.

No sé por qué, pero es así. Algo querrá decir, pero no sé qué. Quizás será algo bueno que trae la vejez (como que cada vez te gusten más las acelgas, que tanto convienen a la salud).

31 de octubre de 2011

## Inicio de curso

Hace años ya, creo que este curso debe hacer seis o siete, pedí —para variar— algún tipo de permiso sin sueldo. Y también —para variar— el Departamento se tomó con calma, parsimonia y detenimiento un largo lapso de tiempo para decidir si lo concedía o no.

Total que, mientras esperaba la respuesta, de aproximadamente unos dos meses de clase.

Así que me lo dieron, contentísima, fui a despedirme y a decírselo a los cursos que aquel año impartía: que ya no iría más, que tendrían una sustituta, etc. Un chico de uno de los cursos, de un 1° o un 2° (no lo recuerdo exactamente, pero sí recuerdo que era un curso que estaba en el último aliento de la infancia, o sea: primero o segundo), cuando hube terminado, me miró muy serio y muy educadamente soltó: «*I nosaltres què?*».

Años después, por un azar, cuando ya cursaban 4°, volví a tener este curso. Me parece que incluso fui tutora.

Aquellas tres palabras me han acompañado siempre. Aquella pregunta la he recordado siempre más. Han marcado toda mi posterior práctica docente.

31 de octubre de 2011

## Observatorio

Este curso finalmente doy una materia optativa. Es decir, una asignatura sin programa previamente fijado, sin el ahogo de tener que alcanzar unos objetivos preestablecidos, sin que el tiempo sea un perro que te va mordiendo los talones.

Tuve que improvisar su contenido, al final me decanté por hacer un mixto de literatura y lengua, un combinado de lectura y escrituras. Si todo va bien, la literatura debería ayudar a la lengua y la lengua abrir la literatura. Veremos si soy capaz de armonizar lecturas y escritos, plantear lecturas donde puedan reflejarse sus textos, textos que inviten a intervenir a otras lecturas. Este es el envite.

Como me gusta hacer lo que sé hacer (o al menos lo que pienso que sé hacer), después de unos preámbulos, estoy intentando algo que sé que es muy difícil, de hecho, no sé si está a mi alcance: que aprendan a comentar un texto.

Es una de las cosas más complicadas que hay (y de enseñar) porque se han de establecer muchas redes de relaciones y cuanto más joven eres, menos tienes, menos tienen. Al mismo tiempo, sin embargo, es un trabajo especialmente gratificante, un placer deslizarse entre sentidos, relacionar la belleza del contenido con la preciosidad de las palabras precisas.

\* \* \*

Como era una optativa, el alumnado escogía entre tres o cuatro opciones.

Hay un chico que la escogió como primera opción. El

resto, la pidió en tercera o cuarta opción, ni siquiera una persona la apuntó como segunda opción; es decir, el resto no tenía ningún interés; ni un ápice. La mayoría del curso eran chicos: trece a tres.

También por esta razón me he decantado por intentar enseñar a comentar textos, porque les puede servir para cualquier materia. Quisiera creer que les será útil para la vida en general, ya sea cuando lean por gusto, ya sea cuando miren un diario. Incluso si van al cine.

No me extenderé en ello, pero hay un grupito de chicos que son lo mejor de cada casa. No es que sean especialmente conflictivos, simplemente pertenecen al subgrupo de chicos que por encima de todo están satisfechos de su propia ignorancia, incluso hacen bandera de ella; están dispuestos a preservarla, cueste lo que cueste, les cueste lo que les cueste.

Total, ha habido intentos de convertir la optativa en lo que antes se llamaba una maría (celebro que la denominación esté cayendo en desuso); ha habido otros intentos de convertirla en una especie de repaso de otras asignaturas, especialmente de las de lengua, o de hacer una especie de salón de lectura —sin ninguna exigencia, ni objetivo propio— de libros que tienen que leer obligatoriamente para otras clases.

De momento, resisto.

Los siguientes intentos han ido en el sentido de mostrar y demostrarme que lo que hago es muy, muy difícil. Ya ves tú. Me he limitado a hacerles notar que por el momento no lo sabían puesto que todavía no habían realizado el más mínimo esfuerzo de ponerse a ello, que, cuando lo hicieran —si lo hacían—, hablaríamos de las posibles dificultades. Aparentemente, parece que tienen asumido que suspenderán. Veremos qué pasa cuando lleguen las evaluaciones.



Como dentro del grupo hay un grupito que más o menos va siguiendo el curso (mayor que el que no lo sigue, lo que va a favor de hacer la materia), realizo comentarios de texto con el grupo que va siguiendo, mientras el resto de chicos ocupan una posición literalmente excéntrica, es decir, repartidos individualmente por los bordes de la clase, en la periferia, junto a las paredes.

En el caso (muy) hipotético que quisieran subirse al carro del comentario que en este momento estamos haciendo, ya no pueden, deberían esperar al siguiente, así lo hemos consensuado.

Total que yo voy dando clase con el grupo que la sigue y ellos observan. Como deben aburrirse como ostras, no pueden evitar dejar de observar la clase (no tengo idea de si aprenden algo o no). De vez en cuando, incluso se les escapa una intervención (a veces, atinada) o un comentario (a veces, pertinente), yo, como si oyerá llover, porque así lo hemos acordado, pero no dejo de decirme que quizás es un indicio de que en aquel caso concreto he acertado, que por azar he conseguido explicar, preguntar, comentar, alumbrar, algo que realmente les interesa, que, aunque en general lo desconozca, quizás siempre existe algo que les podría enganchar. Supongo que ser una maestra es saber hacer coincidir sistemáticamente lo que dices —o como lo dices— con algo en su interior y que el chispazo les despierte el interés.

Que alguien observe la clase, la convierte en una especie de espectáculo, le da una configuración especial, una especie de densidad que no sé explicar que la convierte en diferente de las clases, digamos, normales. No sé cómo acabará todo.

Continuará.

5 de noviembre de 2011

\* \* \*

Di clase hasta finales de abril.

La cosa aguantó más o menos de la misma manera. La gente que se había integrado, no se descolgó, incluso puedo afirmar que algo aprendió, pero fracasé en el empeño de atraer a la periferia; lo conseguía quizás con un texto determinado en alguien concreto, durante un escaso día, pero nada significativo. Lo que más me asombró y entristeció, de todos modos, fue su infinita capacidad de aburrimiento (de la periferia, claro), su no hacer nada de nada durante una hora entera, su dejadez y su abandono, éste tener completamente asumida la derrota.

21 de enero de 2013

## **Examen de conciencia**

¿Quién dice que corregir es aburrido? ¿Que no tiene aliciente alguno?

Hace pocos días (primera evaluación), en una prueba, pregunté de manera muy general y tímida por Ramon Llull y resultó que, a juicio de más de una persona, el hombre nació en 1932. Para otra, además, era bioquímico, pero a los treinta años decidió dedicarse al catalán (por cierto, como si no se pudiera dedicar a él desde la bioquímica).

A los treinta años también según otra, Llull abandonó

la cortesía. Realmente, cuesta imaginármelo diciendo groserías, mostrando comportamientos maleducados, soltando pestes y tacos.

En otra prueba, tenían que decir las dos grandes variantes dialectales del catalán. En uno de los exámenes pude leer que son ni más ni menos la occidental y la occipital. Cuando lo corregíamos, se me ocurrió decir que no, que de ninguna manera, que eran el occipital y el parietal. No sé si insistí suficiente con que era una broma, no sé si conseguí que no se lo creyeran, que no se lo apuntaran, que no se les quedara indeleblemente grabado en la memoria. Mucho me temo que no.

En otro orden de cosas, un curso hacía una redacción sobre el trayecto de su casa al instituto. Un grandullón, alto como un campanario, con la cara llena a rebosar de granos purulentos, hizo una descripción detalladísima. Me enterneció saber que una de las veces que gira a la derecha es justamente al llegar a la parada donde compra las golosinas (en catalán, el entrañable término es «llaminadures»). Y no precisamente por la precisa corrección y extrema catalanidad de la palabra en sí que usó.

17-27 de noviembre de 2011

## Carnicería

Anteayer fui a ver *Carnage* (2011) de Roman Polanski, traducida aquí como *Un dios salvaje*.

La película es buena; muy en la línea de lo que hacen Yasmine Reza o David Mamet. Como muchas del autor, claustrofóbica. Que fuera buena era esperable: Roman Polanski es un buen y solvente director de cine. Lo que ya no me esperaba es que fuera una justificación tan directa y tan poco metafórica de su crimen.

Dos criaturas se han peleado, se ve a lo lejos en la primera escena. Esto permite que las respectivas madres y padres se reúnan durante aproximadamente una hora para hablar y pueda haber película, claro. La última escena es calcada a la primera: también vemos, desde lejos, a las dos criaturas hablar como si tal cosa, como si no hubiera sucedido nada. Tanto ruido para nada. Las agresiones son normales, niñadas.

Que la autoría de la obra de teatro en que se basa el film sea femenina; que actúen en el film Foster y Winslet, especialmente la primera; que el hámster se haya salvado y esté tan pancho, contribuyen perfectamente a la justificación, está perfectamente calculado.

Una de las pequeñas diferencias es que criatura, criatura, en el delito que él cometió sólo había una, había sólo una persona que fuera menor.

20 de noviembre de 2011

## Pisar fuerte

No sé quién se inventó la estúpida fórmula de disculparse diciendo que no lo había hecho, dicho..., con mala intención (lo que concretamente hubiera hecho, dicho...), pero que si alguna persona se sentía ofendida se disculpaba. No sé quién se la inventó pero ha hecho furor.

La fórmula trae como mínimo tres consecuencias. La primera es que lo deja todo en manos de la intención, y la intención es realmente difícil de evaluar y, sobre todo, de demostrar. La segunda consiste en simular que no hay insultos, que no hay hechos, que sean objetivamente (perdón por la palabra) ofensivos; parece que si te enfadas o te ofendes no es porque te hayan insultado si no porque tú tienes la piel muy fina, quizás demasiado; en definitiva, que tienes tú la culpa; la triste consecuencia es que tiene la facultad de cambiar la carga de la prueba. La tercera es que abre barra libre, por ejemplo, al alumnado de los institutos —especialmente a los chicos—, para insultar impunemente.

El paroxismo ha llegado con un futbolista que tiene una cierta pinta de psicópata y un largo historial de agresiones. El individuo en cuestión ha pisado voluntariamente (la intención era evidente) la mano de otro cuando éste otro estaba en el suelo tras haber sufrido una dura entrada. Pese a que ninguna autoridad deportiva ha movido un dedo (otra carga de profundidad contra maestros y profesoras, docentes en general, y, sobre todo, contra el alumnado). Al cabo de unas veinticuatro horas, y visto el revuelo y las reacciones que provocó su agresión, el agresor perpetró una especie de excusa

que pasaba por decir que él no habría hecho una cosa así de propio intento (¿qué extraña fuerza lo abdujo, pues?), pero que si el otro se sentía ofendido, que le disculpara.

Es curiosa la palabra que escogió, porque cuando pisas a una persona, no la ofendes: la pisas. Cuando vas por la calle y pisas a alguien siempre es involuntario y automáticamente pides perdón. No porque lo hayas hecho expresamente sino porque sin querer le has pisado. Te disculpas no por ninguna ofensa sino por la pisada, porque pisar es algo que no se debe hacer.

Que se viera obligado a hablar de ofensa era reconocer, de hecho, la intencionalidad. Es, ni más ni menos, una asunción de culpa transparente.

24 de enero de 2012

## **El grito**

El día 4 de febrero por la mañana, inmediatamente antes de la elección de la secretaria o el secretario general del PSOE, me gané la bronca de una buena amiga cuando le dije que me parecía que el vencedor sería Rubalcaba.

Para mí era de cajón. ¿A quién obligaron a retirarse de unas posibles primarias para posteriormente escoger quien se presentaba a las elecciones? La escena de la ex vicepresidenta Fernández de la Vega —descabalgada, recordémoslo por el

mismo Rubalcaba— apoyando a Chacón era transparente. Hacía ya muchos días que las fuerzas (aún) vivas y muy masculinas del partido, Felipe González, Alfonso Guerra, Gaspar Zarrías, Manuel Chavez... (entre las más visibles y conocidas) hacían lo imposible —y me temo que lo que hiciera falta, y esto lo incluye todo— para que así fuera.

Felipe González, horrorizado cuando vio que igual ganaba Chacón, desplegó todos sus encantos para que esto no fuera así. A pesar del artículo que firmó con ella contra el Estatut, y muy en su estilo de gran hombre de estado (a la altura del que mostró cuando tuvo la miopía casposa y machista de no contar con ningún ministra en su primer gobierno), proclamó —mientras soportaba a Rubalcaba — que quería tantísimo a Carme. Que me ame menos y me vote más pensaría, supongo, la interesada, y la comprendo. Hubiera preferido, seguramente, que amara con locura a Rubalcaba y la votara a ella. La acción forma parte de lo que yo denomino el recochineo.

Chacón es mujer y catalana (esto último a pesar de sus improbables esfuerzos para desmentirlo), parece que no sabe que es como ser negra: con una gota basta. No tiene remedio, es el único pecado territorial que no se perdona. A vascos como Patxi López o Eduardo Madina no se les habría pedido pureza de sangre. En el actual Consejo de Ministros de Rajoy hay tres personas de Andalucía, pero a nadie se le ocurre pensar que representan a su pueblo. Fernández Díaz, en cambio, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, es el «catalán» del gabinete, siempre estará bajo sospecha.

De todos modos, lo que a mí más me interesó fue la prensa del día después. La misma que ha malgastado palabras y papel durante los siete años que Chacón ha sido ministra

hablando frívolamente de cómo vestía y se maquillaba mucho más que del trabajo que implicaba su cargo, la misma que ha invertido cada palabra y línea para hablar de la labor de Rubalcaba y no de su corbata. La misma prensa que la ha tratado a ella como una mujer (como un cuerpo) y a él como un profesional.

Han hablado de la voz, del tono (la sombra de Thatcher siempre omnipresente sobre la aguda voz de las mujeres). Fernando Garea en *El País*, en un artículo significativamente titulado «Sepultada por su grito», dice de entrada: «La interpretación de Carme Chacón queda aún peor si se le añade *su voz estridente y fuera de tono*». Y un poco después: «Se añadirá que Chacón arruinó sus posibilidades con un discurso mal interpretado en el que la forma *gritona y sobreactuada* eclipsó y tapó el fondo de lo que decía. Quedarán sus *voces* y sus *gallos*».<sup>12</sup> Los hombres son enérgicos y poderosos cuando gritan, las mujeres desentonan con la estridencia de sus voces, tienden a la histeria.

Enric Juliana (otro que tal) en *La Vanguardia*, en un artículo también convenientemente titulado, «Pasionaria de 140 caracteres», afirma: «Pasionaria de ciento cuarenta caracteres, *gritó hasta alcanzar el gallo en tres o cuatro ocasiones*, obligando a los técnicos de sonido a modular el volumen y los tonos». Y lo remacha: «Chacón *gritó*, declamó, movió los brazos y las manos».<sup>13</sup> En un momento dado, incluso habla de los mohines que, según él, hace. Auténtica obsesión la de este periodista por

---

12. Fernando Garea. «Sepultada por su grito».

<[http://www.elpais.com/articulo/espana/Sepultada/grito/elpepiesp/20120205elpepinac\\_6/Tes](http://www.elpais.com/articulo/espana/Sepultada/grito/elpepiesp/20120205elpepinac_6/Tes)> [Consulta: 05.02.2012]

13. Enric Juliana. «Pasionaria de 140 caracteres»

<<http://www.lavanguardia.com/politica/20120205/54250066418/pasionaria-de-140-caracteres.html>> [Consulta: 05.02.2012]



la expresión facial siempre que habla de esta política, al mismo nivel que la importancia que da a los pintalabios y a los colores de las chaquetas de las ministras.

No es raro que uno de los muchos comentarios que se podían hallar aquel mismo día en *El País* sobre la no elección de la candidata, uno de un tal José Santamarta, dijera: «Ganó Rubalcaba, y soy de los que se alegran profundamente. Menos mal. La *niña* Chacón y su operación de marketing, que se remonta a hace muchos años, se fue al traste. La verdad es que llevo muy mal *los gritos y los gallos de esta señora*, y aún peor sus compañías».

Este último periodista va un poco más allá. Otra vuelta de tuerca: escupirle un «niña», es decir, tratarla como menor. Lástima que, al ser un escrito tan breve, el hombre no haya tenido ocasión en su comentario de minimizarla tuteándola con el nombre de pila o plantificarle el artículo «la» delante del apellido (o del nombre).

5 de febrero de 2012

## Preguntar y responder

Ayer, en la tele, hicieron un mini reportatge sobre unos tiernos niños, pequeños, pequeños, creo que del Rayo Vallecano, que ya juegan a fútbol. No sé si lo hacen muy bien, lo que sí ya hacen a la perfección es imitar a sus ídolos cuando

celebran que el balón ha entrado en la portería.

Uno de los reporteros, cuando terminaron de jugar, les preguntaba por diferentes futbolistas. Por ejemplo, por Casillas. Uno de los niños dijo: «Tiene novia». El periodista, atento, salió al quite: «¿Y cómo es?». Y el chaval dijo: «Guapa». Grandes risas, chillidos y celebraciones de todo la (masculina) concurrencia ante la salida. Visto el éxito, seguro que imitarán esta manera de contestar de la misma manera que lo hacen con las celebraciones de gol (tan bien o más).

El periodista le preguntó, «¿cómo es?», no «¿quién es?», Por ejemplo, o, pongamos por caso: «¿a qué se dedica», cuestiones que podrían haber inducido otras respuestas quizás más interesantes, quizás no necesariamente centradas en el cuerpo de la periodista, en su mero físico.

26 de febrero de 2012

## Más descrédito

Me acabo de enterar que ciertas bombillas mate están prohibidas por ley porque se ve que no hacen tanta luz. Las claras, las transparentes, se ve que la optimizan y, en consecuencia, ahorran energía. Gran ahorro.

Paralelamente, no hacen nada para prohibir las bombillas «normales», cuando hace ya tiempo que se sabe que hay otro tipo de bombillas prácticamente inmortales, éstas sí

que ahorrarían energía a raudales, pero no mueven ni un dedo para implantarlas. Tampoco para evitar la obsolescencia programada de tantos electrodomésticos, coches y otros ingenios. Ni en tiempos de crisis. Qué impotencia.

Qué asco y qué miedo.

23 de abril de 2012

## Aprendiendo

Últimos días en el Instituto antes de iniciar un permiso sin sueldo hasta final de curso.

Recojo. Entre otras cosas, amontoño todo el papel reciclado que tengo para ponerlo en la taquilla de la otra profesora que me consta que también lo aprovecha para realizar exámenes y otras actividades.

En ese momento llega y le comento que le dejo un montón de hojas. Hablamos un rato de aquello y lo de más allá relacionado con el reciclaje y comenta que unos días antes había ido a una clase que tenía un examen y se dejó el papel. Una despierta chica le pregunta: «¿Hoy no usamos papel reciclado?». ¡Lo que podríamos llegar a enseñar si nos diera la gana!

Del papel pasamos a la fácil maniobra que consiste en que cada chica, cada chico, ponga su silla sobre la mesa a última hora de la tarde o cuando ya han terminado las clases para

facilitar de manera tan simple la ingrata tarea de las limpiadoras. Comenta que el día anterior, un chico, viendo que su compañero de pupitre no lo hacía, le dice: «¿No pones la silla bien?». Notemos el «bien». ¡Lo que podríamos llegar a enseñar si nos diera la gana!

Este curso, he tenido una experiencia más amarga con las sillas sobre la mesa. El primer día cuando explicaba a una clase de 2º de ESO que deberían hacerlo cada día, un chico apuntó: «Ah, como cuando éramos pequeños...», y otra añadió, «Sí, como si hiciéramos básica», y resonó en la clase un «todavía» no dicho. En un solo curso habían perdido el hábito y a según quien le parecía ya que hacerlo era indigno, que no hacía mayor. ¡Lo que podríamos llegar a enseñar si nos diera la gana!

Con los márgenes de las redacciones y dictados pasa algo parecido. Sólo que el primer día no aceptáramos las redacciones y dictados sin márgenes, los dejarían siempre más. Cuánta tarea paciente y callada de años anteriores lanzada por la borda en un santiamén. ¡Lo que podríamos llegar a enseñar si nos diera la gana!

23-24 de abril de 2012

## Memoria y vejez. O el enigma del cable

Los hechos son los siguientes.

Antes de irme a Londres en el mes de mayo, me compré una máquina de fotografiar (una buena amiga me ayudó).

Desde entonces, he hecho varias tandas de fotos (las del fastuoso Londres, luego en Mallorca...) y las he ido pasado al ordenador.

La semana pasada hice otra tanda y cuando fui a pasarla al ordenador, no encontré en sitio alguno el cable. Ni en el cajón donde los tengo todos, ni donde guardo los accesorios de la máquina, ni donde fuera que mirara ya un poco a la desesperada. El caso, además, es que no conseguía visualizar ni recordar nada pero que nada de ningún cable.

Me volví loca buscándolo. Finalmente —para no tener que pensar más en ello, santa inocencia—, fui a una tienda a comprar un sucedáneo del cable, y ayer pasé la última tanda de fotos al ordenador. Cuando lo hacía, salió un icono que era una pequeña máquina fotográfica (muy linda, por cierto) y tuve la sensación de que las otras veces que había pasado fotos nunca la había visto... Me costó más que nunca pasar las fotos al ordenador.

Hoy, cuando he vuelto de nadar y entraba en casa (le debía ir dando vueltas mientras hacía largos), he recordado con toda precisión que nunca jamás había usado ningún dichoso cable para pasar las fotos de la máquina al ordenador. Que siempre había sacado la tarjeta de la máquina y la había insertada en la ranura correspondiente del ordenador. Decir que me he quedado helada es poco.

En descargo del, digamos, funcionamiento de mi cabeza sólo puedo decir que últimamente he tenido un cierto trajín y tráfico de cables, dado que, *a*) el disco duro externo que compré hace pocos días, sí que obligatoriamente debe conectar con un cable (que, por cierto, también sirve para la máquina de hacer fotos, pero no se me ocurrió comprobarlo: ya he dicho que me fui a comprar uno), *b*) el Reader Sony (mi leedora) que hace unos pocos días me regalaron también se conecta con su preceptivo cable al ordenador (que no sirve para empalmar la máquina de hacer fotos; que este sí, en cambio, se me ocurrió probarlo) y, por último, *c*) cuando paso fotos del teléfono al ordenador sólo lo puedo hacer con un cable (que, por cierto, hasta ahora —y que dure— siempre he tenido a buen recaudo y bien controlado...).

Exiguo descargo, ya lo sé.

Para más inri, cuando deambulaba por casa tarumba y sin aliento buscando el cable, revisé la caja de los accesorios de la máquina de fotografiar y había dos (el que sirve para conectarla a la tele y el que sirve para conectarla al ordenador, claro está) en una bolsa doble, pero como estaba sin desprecintar y yo lo buscaba ya suelto y estrenado, ni se me ocurrió comprobar si alguno de los dos era el bueno, si podía servir.

Con los años, me he ido haciendo a la idea de que si tengo que llevarme algo cuando salgo de casa y a última hora pienso que tengo que llevar otra cosa, me dejaré indefectiblemente la primera (y no digo nada de cuando tengo que llevar tres o cuatro...), pero lo de ahora es diferente.

Que estoy muy asustada, vaya, y no sé si tendría que preocuparme.

22 de julio de 2012

## Lubricán

*Secret Junkies* es un grupo de gente (me parece que de hombres) que se dedica a hacer crítica cinematográfica a base de crear falsos, pero honestos (a su entender, dado que así lo proclaman), tráileres de películas.

Ha caído a mis manos un artículo que habla de ello y salen fotos de tres tráileres. En uno que realizaron de una de las entregas de la saga Crepúsculo, sale un primer plano de la cara de la protagonista con la boca entreabierta. En la foto, han sobreimpreso la siguiente pregunta: ¿Todos los directores tienen miedo de decirle que cierre la jodida boca?

¿Tan seguros están de que la mayor parte de los directores, si no todos los directores sin excepción, no insisten en decirle justamente que la mantenga entreabierta?

¿Osarían afirmar que es ella quien lo ha decidido?

¿Es que no se fijan ni analizan cómo desfilan las modelos; cómo se anuncian perfumes?

¿Es que no ven que incluso la prescripción se ha contagiado a algunos hombres?, ¿no se han fijado nunca cómo Bill Clinton, por ejemplo, entreabre la boca cuando le fotografían?

19-20 de enero de 2013

## Besamanos y acatamientos

Tuve la suerte de que la noche que el rey, a principios de enero, concedió graciosamente una entrevista a un periodista yo estaba en Llansà con una amiga que tenía mucho interés en verla.

Digo suerte, porque fue todo un espectáculo.

En primer lugar, por el periodista que —digámoslo de este modo— la conducía. Se trataba de Jesús Hermida. Es difícil hallar preguntas más tontas y vanas en la historia de las entrevistas que las que le hizo el periodista (en realidad, era siempre una misma pregunta con variantes); fue todo un espectáculo también ver cómo se le dirigía: le hablaba muy y muy despacio, vocalizando en exceso, como si el otro fuera una criatura o fuera memo. De todos modos, daba lo mismo porque el rey, le preguntara lo que le preguntara, contestaba lo mismo, iba a piñón fijo, a su bola.

El periodista, preguntaba casi arrodillado, un pestilente servilismo lo empapaba todo y casi se desnucaba a base de acatamientos a cabeceos o mejor a cabezazos. Se le dirigía reiteradamente (supongo que alguien habrá tenido la paciencia de contar las veces) con un «majestad», un «vuestra majestad» o un «señor» y, según como se mire, esta última denominación lo convertía si cabe aún en más vasallo. Porque aquí radica uno de los quid de la cuestión. Y además no ayudaba en absoluto, claro, que el otro le fuera tuteando sin piedad. Justamente ya la misma cuestión del tratamiento pone de manifiesto que no hay salida: es un trato a todas luces desigual y, por tanto, antidemocrático en dos personas adultas de la misma edad,



ocurre, sin embargo, que está en la base de la misma naturaleza de la realeza tratar al resto de la población como vasalla. Hermida (cualquier otra persona) no es a sus ojos más que un súbdito, el soberano es él. Si no lo hiciera así, no sería realeza. No hay *aggiornamento possibile*. Si es realmente el rey, debe tratarlo así y de ningún otro modo, y si las circunstancias hacen que deba dejar de tratarle así, se dinamitan los cimientos y la existencia misma de la monarquía, en eso no hay vuelta de hoja.

La entrevista puso también de manifiesto que el rey ha pisado mierda. Si me permiten un símil futbolístico, diré que le pasa lo contrario que a un jugador de fútbol que responde al nombre de Iniesta. Este año, el jugador hace pases, chuts y sobre todo regates y algo que se ha dado en llamar «croquetas» (que se saborean pero no se comen), que no sólo son imposibles sino que desafían, además de toda lógica, las más elementales leyes de la física; vaya, que le sale todo, es decir, está en real estado de gracia. El rey, desde la infausta cacería, quizás ya de antes, está en un real estado de desgracia. Lo que hace, lo que dice, se le vuelve ineluctablemente, implacablemente, en contra.

Tan sólo iniciar la entrevista cometió dos pifiadas tan elementales y básicas que no se entiende como a la casa del rey se le escaparon. En primer lugar, habló en pasado cuando dijo, por ejemplo: «el apoyo que he tenido de los españoles»; ¡ay!, el largo trecho que hay de un «tengo» a un «he tenido»...; aunque le preguntara por el pasado, no importa. En segundo lugar, que él mismo de buenas a primeras se viera en la obligación de proclamar: «me encuentro en buena forma» es una prueba inequívoca de que o no está en forma, o piensa que la gente cree que no lo está (o una combinación de ambas cosas). ¿Por qué no se lo hicieron afirmar a Hermida?, tal como fueron las

cosas, se habría prestado diligente.

Se necesita tener hígado y ser corta de vista para afirmar que lo que ha conseguido (él y su generación, como si toda la generación hubiera hecho lo mismo al mismo tiempo), que lo que ha realizado, que lo que ha posibilitado, es hacernos llegar donde estamos ahora. ¿Pero que no ve a dónde hemos llegado, en dónde estamos? Que, además, para describirlo usara más de una vez la palabra «próspera» es sangrante.

Más adelante, fue incapaz de decir *la palabra*, cuando hablaba del papel que él hizo en la transición del franquismo al nuevo régimen. Habló literalmente de «la responsabilidad que me caía encima de entroncar una monarquía con *otro sistema* después de cuatro décadas». Este «otro sistema» era lo que eufemísticamente llamaban «el régimen» —¡qué amarga, ácida y avinagrada dieta!—; tiene nombre: los dos más claros: «dictadura» o «franquismo». Lamentable.

Como lastimosa fue la referencia al heredero. Parecía un padre (o un abuelo) hablando del niño mientras mira cómo juega un partido de baloncesto. Otro intento fallido de mostrarse cercano y natural, aquella cualidad que tantas veces se le ha atribuido y valorado: la «campechanía».

Por si fuera poco, otras dos instituciones estatales en estado de descomposición terminal, el PP y el PSOE, se han compinchado para dejar la monarquía fuera, al margen, de la ley de transparencia. Si la monarquía tuviera dos dedos de frente, debería obligarles, ni que fuera plebeyamente a gritos, a que la incluyeran en ella.

20 de enero de 2013

Ponemos aquí el punto final a este libro.

Puesto que nunca segundas partes fueron buenas y, sobre todo, porque desde **aquí** se puede ir en un periquete a los dieciocho primeros artículos publicados en el *HuffingtonPost* que constituían la segunda parte de este dietario.